



**EVARISTO CARRIEGO**

## **POESÍA COMPLETA**

### **Índice**

Viejos sermones  
Envíos  
Ofertorios galantes  
El alma del suburbio  
Ritos en la sombra  
Día de bronca  
La canción del barrio  
La costurerita que dio aquel mal paso  
Íntimas  
Envíos  
Leyendo a Dumas  
Interior

### **VIEJOS SERMONES**

*A don Salvador Boucau, uno de los pocos.*

Por el alma de Don Quijote  
Con el más reposado y humilde continente,  
de contrición sincera; suave, discretamente,

por no incurrir en burlas de ingenios normales,  
sin risueños enojos ni actitudes teatrales  
de cómico rebelde, que, cenando en comparsa,  
ensaya el llanto trágico que llorará en la farsa,  
dedico estos sermones, porque sí, porque quiero,  
al único, al Supremo Famoso Caballero,  
a quien pido que siempre me tenga de su mano,  
al santo de los santos Don Alonso Quijano  
que ahora está en la Gloria, y a la diestra del Bueno:  
su dulcísimo hermano Jesús el Nazareno,  
con las desilusiones de sus caballerías  
renegando de todas nuestras bellaquerías.

Pero me estoy temiendo que venga algún chistoso  
con sátiras amables de burlador donoso,  
o con mordacidades de socarrón hiriente,  
y descubra, tan grave como irónicamente,  
-a la sandez de Sancho se la llama ironía-,  
que mi amor al Maestro se convierte en manía.  
Porque así van las cosas; la más simple creencia  
requiere el visto bueno y el favor de la Ciencia:  
si a ella no se acoge no prospera y, acaso,  
su propio nombre pierde para tornarse caso.  
Y no vale la pena (no es un pretexto fútil  
con el cual se pretenda rechazar algo útil)  
de que se tome en serio lo vago, lo ilusorio,  
los credos que no tengan olor a sanatorio.  
Las frases de anfiteatro, son estigmas y motes  
propicios a las razas de Cristos y Quijotes  
-no son muchos los dignos de sufrir el desprecio,  
del aplauso tonante del abdomen del necio-  
en estos bravos tiempos en que los hospitales  
de la higiénica moda dan sueros doctorales...  
Sapientes catedráticos, hasta los sacamuelas  
consagran infalibles cenáculos y escuelas  
de graves profesores, en cuyos diccionarios  
no han de leer sus sueños los pobres visionarios...  
¡De los dos grandes locos se ha cansado la gente:  
así, santo Maestro, yo he visto al reluciente  
rucio de tu escudero pasar enalbardado,  
llevando los despojos que hubiste conquistado,  
en tanto que en pelota, y nada rozagante,  
anda aún sin jinete tu triste Rocinante!

(Maestro, ¡si supieras!, desde que nos dejaste,  
llevándote a la Gloria la adarga que abrazaste,  
andan las nuestras cosas a las mil maravillas:  
todas tan acertadas que no oso describirlas.  
Hoy, prima el buen sentido. La honra de tu lanza  
no pesa en las alforjas del grande Sancho Panza.

Tus más fieles devotos se han metido a venteros  
y cuidan de que nadie les horade los cueros.  
Pero, aguarda, que, cuando se resuelva a decillo,  
ya verás qué lindezas te contará Andresillo,  
aunque hay alguna mala nueva, desde hace poco:  
aquel que también tuvo sus ribetes de loco,  
tu primo de estas tierras indianas y bravías,  
-¡lástima de lo añejo de tus caballerías!-  
tu primo Juan Moreira, finalmente vencido  
del vestiglo Telégrafo, para siempre ha caído,  
mas sin tornarse cuerdo: tu increíble Pecado...  
¡Si supieras, Maestro, cómo lo hemos pagado!  
¡Tu increíble Pecado...! ¡Caer en la demencia  
de dar en la cordura por miedo a la Conciencia!).

Para husmear en la cueva pródiga en desperdicios,  
no hacen falta conquistas que imponen sacrificios:  
sin mayores audacias cualquier tonto con suerte  
es en estos concursos el Vencedor y el Fuerte,  
pues todo está en ser duros. El camino desviado  
malograría el justo premio del esforzado...  
Por eso, cuando llega la tan temida hora  
del gesto torturado de una reveladora  
protesta de emociones, el rostro se reviste  
de defensas de hielo para el beso del triste;  
y porque ahogarse deben, salvando peores males,  
las rudas acechanzas de las sentimentales  
voces de rebeldía -quijotismo inconsciente-  
también se fortalecen, severa, sabiamente,  
los músculos traidores del corazón, lo mismo  
que los del brazo, en sanas gimnasias de egoísmo,  
donde el dolor rebote sin conmovier la dura  
unidad necesaria de la férrea armadura:  
quien no supere al hierro no es del siglo; no medra.  
¡Qué bella es la impasible cualidad de la piedra!

El ensueño es estéril; y las contemplaciones  
suelen ser el anuncio de las resignaciones.  
El ensueño es la anémica llaga de la energía;  
la curva de un abdomen -toda una geometría-  
es quizás el principio de un futuro teorema,  
cuyas demostraciones no ha entrevisto el poema...  
En la época práctica de la lana y del cerdo  
-hoy, Maestro, tú mismo te llamarías cuerdo-  
se hallan discretamente lejos los ideales  
de los perturbadores lirismos anormales.  
El vientre es razonable, porque es una cabeza  
que no ha querido nunca saber de otra belleza  
que la de sus copiosas sensatas digestiones:  
fruto de sus más lógicas fuertes cerebraciones.

Por eso, honradamente, se pesan las bondades  
del genio, en la balanza de las utilidades,  
y si a los soñadores profetas se fustiga  
hay felicitaciones para el que echa barriga.

Y esto no tiene vuelta, pues está de por medio  
la razón, aceptada, de que ya no hay remedio...  
Como que cuando, a veces, en el Libro obligado,  
la Biblia del ambiente, de todos manoseado,  
hay un gesto de hombría traducido en blasfemia,  
Por asaz deslenguado lo borra la Academia...

La moral se avergüenza de las imprecaciones,  
de los sanos impulsos que violan las nociones  
del buen decir. El pecho del mejor maldiciente  
que se queme sus llagas filosóficamente,  
sin mayor pesar, antes de irrumpir en verdades  
que siempre tienen algo de ingenuas necedades,  
porque quien viene airado, con gestos de tragedia,  
a intentar gemir quejas aguando la comedia,  
es cuando más un raro , soñador de utopías  
que al oído de muchos suenan a letanías...  
Por eso, remordido pecador, yo me acuso  
-preciso es confesarlo- de haber sido un iluso  
de fórmulas e ideas que me mueven a risa,  
ahora que no pienso sino en seguir, aprisa,  
la reposada senda, libre de los violentos  
peligros que han ungido de mirras de escarmientos  
las plantas atrevidas que pisaron las rosas  
puestas en el camino de las rutas gloriosas.  
Pero ya estoy curado, ya no más tonterías,  
que las gentes no quieren comulgar insanías...

¡En el agua tranquila de las renunciaciones  
se han deshecho las hostias de las revelaciones!  
Ya no forjo intangibles castillos cerebrales,  
de románticos símbolos de torres augurales.  
Sobre el dolor ajeno ni siquiera medito,  
porque sé que una frase no vale lo que un grito;  
y, sin ser pesimista, no caigo en la locura  
de buscar una página de serena blancura,  
donde pueda escribirse la canción inefable  
que ha de cantar el Hombre de un futuro probable.

Las últimas etapas  
Ya puestos en camino,  
la fuerza propulsara de la marcha  
nos impele a seguir, con la serena  
actitud, sin desmayos, de la causa  
sustentadora de un ideal glorioso,

que luce sus ensueños de esperanza  
como flámulas rojas que flotasen  
en jirones de carnes torturadas.  
Nos impele a seguir. Siempre la brega  
deja un poco de fiebre sobre el alma,  
en la frente un fulgor, y en la pupila  
la radiante visión de las etapas;  
etapas de dolor, hechas teorías  
de credos inefables, de parábolas  
de lengua incomprensible que pasasen  
en la locomoción de las audacias,  
¡como una blanca tropa de lirismos  
por inmortales rutas incendiadas!

Preciso es continuar. Todas las dudas  
que agobian la cabeza con su carga,  
son grilletes fatales del cerebro  
y su sitio mejor está en la espalda.  
Arrojémoslas, pues. En el avance  
hay un cóndor audaz que no se arrastra:  
cóndor es la pasión, jamás sujeta,  
de las vidas enfermas de ser sanas.  
¡Con rumbo hacia lo azul: aunque deslumbré  
lo intenso de la luz, hay que mirarla!  
Los primeros fulgores  
quemarán, tras la noche de las ansias;  
la primera visual que los descubra  
ocultos en la sombra impenetrada,  
así como una antorcha cuyo fuego  
ardiese el brazo que la levantara.

¡Insanías de amor, que los enfermos  
del manicomio de ese Ideal contagian!...  
¡Locos, venid! Yo quiero aquí, en el canto,  
soltar al viento un corazón con alas:  
Los discretos normales podrán sólo  
arrojarnos las piedras de sus lástimas...  
¡No haya vacilación! El derrotero  
se ha poblado de enérgicas constancias;  
pero, porque no siempre en el peligro  
hay carne de temblores libertada,  
también es necesario  
hacer que resplandezcan llamaradas,  
del fecundo calor de un entusiasmo,  
en la quietud mortal que todo embarga,  
¡como una floración de primaveras  
en el propio país de las escarchas!

Si se llagan los pies en el camino,  
más firme, mucho más, será la marca:

en la senda candente que cruzamos  
se ve mejor la huella ensangrentada.  
Alienten la Epopeya,  
los himnos fraternales de esperanza  
alzados entre vítores y músicas  
con el clamor de las protestas bravas,  
como un beso de paz sobre una inmensa  
cicatriz que dejase la jornada,  
y en cármenes de púrpura  
resurjan reventando sus fragancias  
¡todas las rosas del Amor perenne  
que perfuman la enorme caravana!

Y en el salmo coral, que sintoniza  
un salvaje ciclón sobre la pauta,  
venga el robusto canto que presagie,  
con la alegre fiereza de una diana,  
que recorriese como un verso altivo  
el soberbio delirio de la gama,  
el futuro cercano de los triunfos,  
futuro precursor de las revanchas;  
el instante supremo en que se agita  
la visión terrenal de las canallas,  
los frutos renovados  
en la incesante fuerza de las savias,  
del germen luminoso que cayera  
en el resurgimiento de las almas,  
¡como una rubia polución de soles  
en el vientre del surco derramada!

¡Un ensueño en camino,  
que sufre la obsesión de la montaña,  
bajo la plenitud de las auroras  
que alumbran los tropiezos de la marcha!  
No hay obstrucción posible: es el Principio  
la promesa del Fin. Arde en la llama  
de la hoguera moral, el negro escombros  
de la atávica Torre de ignorancias,  
madre de ese temor: lo incognoscible,  
cuyos tupidos velos desgarrara,  
en la prisión intelectual más honda,  
-rechazando el concepto de la Nada-  
la verdad de la Ciencia hecha Justicia  
al procesar la Esfinge del Nirvana!

La gesta de las causas en los siglos,  
no ha bordado poemas en sus páginas.  
El libro de los mártires no tiene  
sino una historia de grandezas trágicas,  
de sangre floreciendo en el tormento

sus azucenas que parecen lacras...  
¡Clarín de los suplicios cuyas voces  
en las generaciones se dilatan!  
Toda Idea fue así. ¡Dolor bendito  
de heridas que supuran enseñanzas!  
Al lado de la Cruz está la Horca,  
-y es bueno no quererlas separadas-  
¡el leño o el dogal: hablen las épocas,  
pues la Cruz y la Horca son hermanas!

¡Y por eso en la lidia,  
camino al porvenir de la Cruzada,  
coronando el pendón de las bravuras,  
los trofeos, aún tibios, se levantan,  
como ejemplos viriles anunciados  
en la fulguración de la escarlata,  
desde sórdidos púlpitos sangrientos  
por muertos sacerdotes que aun tronaran  
palabras de rencor hechas conjuros,  
predicando el sermón de las venganzas!

Triste labor del Odio,  
que desata sus hordas de amenazas,  
diciendo su creación demoledora  
a las hoscas angustias de la Raza.  
Los tremendos instantes de la prueba  
saben de los martillos que no aplastan  
los ímpetus hermosos, más hermosos  
después del golpe que sobre ellos baja;  
y en la espera, nerviosa, del momento  
del derrumbe final, la última etapa,  
a través de las brumas sigilosas  
que pueden ocultar la Ciudad blanca,  
se descubren, allá, en otro horizonte,  
espléndidas auroras que se alzan,  
los risueños Orientes -¡bienvenidos!-  
los iris eternos del mañana;  
¡arcos gloriosos de los triunfos nuevos  
por donde toda la Epopeya pasa!

Y tras el loco batallar de siglos,  
así como después de la jornada  
en infinitas gotas se traduce  
la honra del sudor sobre las caras,  
sobre las rudas frentes, pensativas  
como un viejo Pesar que meditara,  
la cicatriz de sangre se resuelve  
en agua de Perdón que todo lava,  
en agua dulce y bautismal, borrando  
las huellas más infames, más amargas,

¡como un Jordán de olvido que quitase  
hasta el recuerdo mismo de las manchas!

Preciso es continuar; cada desmayo  
hace ver insalvables las distancias.  
En la estéril noción de lo imposible,  
los músculos morales se relajan,  
y en el afán que el miedo empequeñece  
se ven lejos las cumbres más cercanas.  
La formidable voz de anunciaciones  
estremece el ambiente con sus vastas  
repercusiones de tonantes notas,  
cubriendo las necrópolis de calmas.  
La anunciación postrer que se divulga  
con los alertas de cerebros-guardias.  
...Muertos odios que vuelven en caricias  
las opresiones de la lucha bárbara,  
¡como una herida que revienta en flores  
y perfuma las vendas maculadas!

...Ya puestos en camino,  
no se esquivo el obstáculo: se aparta.  
La senda libre de cualquier tropiezo  
nunca fue la más digna de la planta  
encallecido en la ascensión penosa  
del breñal que la suerte deparara.  
¡Así va la legión, atravesando  
los últimos espacios que separan  
del rumbo abierto al porvenir soñado,  
como ruta augural, por donde marchan  
las sombras fugitivas del silencio,  
en larga proyección, cantando hosannas  
si triunfantes por fin, y si vencidos,  
cayendo frente al Sol, como las águilas!

La muerte del cisne  
En un largo alarido de tristeza  
los heraldos, sombríos, la anunciaron,  
y las faunas errantes se aprontaron  
a dejar el amor de la aspereza.

Con el Genio del bosque a la cabeza,  
una noche y un día galoparon,  
y cual corceles épicos llegaron  
en un tropel de bárbara grandeza.

Y ahí están. Ya salvajes emociones,  
rugen coros de líricos leones...  
cuando allá en los remansos de lo Inerte,



como surgiendo de una pesadilla,  
¡grazna un ganso alejado de la orilla  
la bondad provechosa de la Muerte!

La apostasía de Andresillo

I Pues, aquí estoy señores. Pues... yo soy Andresillo,  
¿no recuerdan ustedes? Yo soy aquel chiquillo  
a quien el gran Quijote librara cierto día  
-porque ahí encajaba bien su caballería-  
de la nube de palos, que mi amo, furioso,  
sobre mí descargaba ferozmente donoso.  
Al pobre señor loco le hice una ruin ofensa,  
maldiciendo, más tarde, su gallarda defensa,  
dejándole mohíno, cabizbajo y corrido.  
(Sé que fui un mentecato). Después, arrepentido,  
al correr de los años, comprendiendo la humana  
obra que yo pagase con acción tan villana,  
deseoso de la gracia del noble caballero,  
sobre su incierto rumbo interrogué al ventero  
y el muy bellaco, riendo, me relató su muerte...  
(Desde entonces empieza lo malo de mi suerte).

II Así, olvidando algunas de las cerriles mañas,  
vine a ser otro andante, soñador de fazañas  
inauditas y fieras, en lides peligrosas  
que los encantamientos no hacen siempre sabrosas.  
Porque ya se mostraba cansado de su dueño  
al flaco Rocinante cambié por Clavileño,  
y recorrí la tierra, buscando honor y fama  
que ofrecer a mi hermosa, desconocida dama,  
de quien he recibido desdenes y rigores,  
hasta que, al fin, vencido de los encantadores,  
me trajeron a esta prisión o manicomio,  
una institución sabia, digna de todo encomio,  
en donde escarnecido sin cesar, y aporreado  
como mi buen maestro, seriamente he pensado  
que desfacer agravios no es sino una locura  
que honrara sólo al triste de la Triste Figura.

III ...Aquí medro y engordo. Tranquilamente yanto,  
sin jamás acordarme de mi viejo quebranto  
tan magro y tonto. Nunca, ni aun en broma, peco  
suspirando retornos al antiguo embeleco.  
No hay una sola parte donde mire y no encuentre,  
como emblema del siglo, una bolsa y un vientre...  
Y así va todo esto: de la misma manera  
que en los menguados tiempos de la pasada era.  
Los potentados viven de prematuros cielos,  
y los que nada tienen que se lo papen duelos...  
De las lanzas famosas de las justas de antes

hoy harían bastones los duchos comerciantes,  
y, sacando provecho, del yelmo de Mambrino  
venderían quincallas para guardar tocino.  
Si se habla a Dulcinea de amorosas pasiones  
no es mucho que se mezclen venteriles razones.  
Los valientes envíos, vizcaínos y gigantes,  
ahora se traducen en perlas y brillantes.  
Basilio está de malas: aunque audaz el muchacho,  
sus industrias no valen las ollas de Camacho.  
Hasta Aldonza Lorenzo, la hija de Corchuelo,  
reniega de los callos que heredó de su abuelo.  
Si bien ya es una dama, no sé por qué barrunto  
que el olor de los ajos anda muy en su punto.  
Para los que libertan recuas encadenadas,  
ahora como entonces hay asaz de pedradas.  
Ginesillo ha dejado de ser titiritero:  
por sospechosas artes ha ascendido a banquero.  
El barbero y el cura, pregonando sus ciencias,  
en buenas migas, raspan y escrutan las conciencias.  
El bachiller Carrasco, sin reposar momento  
pontifica en la cátedra de su doctoramiento,  
deslumbrando a los bobos, que serán sus secuaces,  
y acallando la grito de los puros y audaces.  
(Mi aporreado maestro no hubiera permitido  
que mease en su celada ningún recién parido).  
Los yangüeses de marras, prontos en sus desmanes,  
cuidan yeguas ajenas y se llaman rufianes.  
A la Justicia -¡pobre reina Micomicona!-  
cualquiera Malambruno le hurta la corona.  
Los andantes del día se salen del camino  
si ven a la distancia las aspas de un molino;  
aunque hoy poco valdrían los hidalgos gentiles  
fuertes perseguidores de pícaros y viles,  
pues doncellas y viudas hallan amparo en esos  
burdeles de oratorio con nombre de Congresos.  
Muy semejante a aquello -quizás en lo aromado-  
que cuando los batanes hizo Sancho apremiado  
por urgencias mayores, en situación bien crítica,  
hay aquí cierta cosa que se dice política.  
Los gobernantes gozan de mil prebendas diarias  
y se rascan y comen en estas Baratarias,  
porque en pos del misterio de los grandes destinos  
nadie baja a la honda cueva de Montesinos.

IV En fin... quietos curiosos: malicio que ya es mucha  
peroración, y acaso me merezca una ducha  
del jayán enfermero cuidador de mis males,  
-en verdad que me ahorquen si yo sé de los tales-  
y peor es meneallo. Con que... buenos señores,  
hasta... que os permitan mis doctos curadores

nuevas sutiles burlas, si no tenéis reparo  
de oír, en horas de ocios, a este caso tan raro  
que dos, únicamente, la humanidad ha visto,  
y ellos no fueron otros que Don Quijote y Cristo.  
Aquí me hallaréis siempre, manso a las exigencias  
de discretas preguntas y suaves ocurrencias  
de los graves galenos o de vuestas mercedes,  
honesto y comedido como lo ven ustedes...

## ENVÍOS

*A Doña Sylla Silva De Mas y Pi  
En su álbum*

Si de estas cuerdas mías, de tonos más que rudos,  
te resultasen ásperos sus rendidos saludos,  
y quieres blandos ritmos de credos idealistas,  
aguarda delicados poemas modernistas  
que alabarán en oro tus posibles desdenes,  
coronando de antorchas tan olímpicas sienes,  
devotos de la blanca lis de tu aristocracia,  
con que ilustro los rojos claveles de mi audacia;  
o espera, seductora, decadentes orfebres  
que graben tus blasones en sus creadoras fiebres:  
yo trabajo el acero de temples soberanos:  
los sonantes cristales se rompen en mis manos.

Palmera brasileña, que al caminante herido  
ofrendarás tus dátiles de Pasión y de Olvido,  
en el Desierto Único: tú eres la apoteosis  
que nimbando de incendios sus fecundas neurosis,  
cruzas por los vaivenes de sus hondos desvelos  
como si fueras Luna de sus noches de duelos.  
Yo traigo a tu floresta la Alondra moribunda  
que, en el violín del Bosque, preludió la errabundo  
sinfonía terrena de aquel Ardor eterno  
que ahuyenta suavemente las aves del Invierno,  
y en las horas tranquilas descubre su cabeza  
como un símbolo vago de Amor y de Belleza.

...Y pasas, y no sola, presintiendo dorados  
orientes, los propicios a los enamorados,  
como una novia enferma que evoca espirituales  
promesas en las largas noches sentimentales;  
o esperas al amado, sonriente, como algunas  
heroínas que aguardan al amor de las lunas  
hojeando florilegios alegres de la Galia,  
con manos de Giocondas poéticas de Italia.  
¡Oh, las divinas magas que comulgan misterios

en los ratos fugaces de indecibles imperios...  
cuyos tiernos mandatos y ansiadas tiranías  
de las claudicaciones saben las agonías!

Quiero brindarte versos porque te finjo buena,  
con no sé qué bondades y porque eres morena  
como la inspiradora de mis lejanos votos...  
-perspectivas azules de paisajes remotos-  
Generosa que amparas de los fríos crueles,  
como un fruto viviente de tus sanos vergeles,  
las rosas inviolables que tus labios oprimen.  
(¡Oh, las instigadoras del ensueño y del crimen!)  
Paloma fugitiva de la Ciudad vedada,  
donde el dolor muriera bajo la enamorada  
caricia del Consuelo: Ciudad donde las risas  
suenan como campanas de las futuras Misas!

Ya sobre los hastíos de tus meditaciones,  
como en fugas radiantes escucharás canciones  
de músicas heráldicas, de las músicas locas  
que enardecen las ansias y enrojecen las bocas  
en besos fecundantes, cual rocíos de mieles  
que hasta en el yermo hicieron florecer los laureles.  
Yo, a tu rostro moreno consagraré violetas,  
las nerviosas amadas tristes de los poetas,  
y allá en las tibias tardes, serenas de optimismos,  
cuando al disipar todos tus más graves mutismos  
mis estrofas de hierro torturen tu garganta,  
has de pensar, acaso, si es un hierro que canta!

Como un deslumbramiento de rubias primaveras  
irradian y perfuman las dichas prisioneras  
de todos tus encantos. ¡Oh, poemas paganos!  
Heroína y señora de rondeles galanos:  
para que siempre puedas orquestrar tus mañanas  
calandrias y zorzales mis selvas entrerrianas  
te ofrecen en mis trovas. ¡Que en todos los momentos  
te den las grandes liras sus más nobles acentos,  
y revienten las yemas donde el Placer anida,  
en las exaltaciones gloriosas de la Vida  
que surgen en el cálido Floreal de tus horas  
como un carmen de auroras, eternamente auroras!

A Carlos de Soussens  
Caballero de Friburgo, de un castillo de aventuras  
cuyas águilas audaces remontaron el Ideal,  
soñadoras de los nidos de las líricas futuras,  
la pupila al Sol abierta, coronando las alturas,  
en el vuelo de armonías de una musa: la orquestal.

Visionario de un ensueño que inspiró un vino divino,  
melancólicas vendimias de las uvas de tu Abril...  
tú también tendrás un Murger, y verá el Barrio Latino  
perpetuarse tu bohemia; milagroso peregrino,  
compañero de prisiones en la Torre de marfil...

Que se cumpla, por tu gloria, la promesa de Darío,  
al decirte de una estatua sobre firme pedestal;  
que relinchen tus corceles los clarines de su brío;  
que la virgen del sudario no desole con su frío  
el jardín de poesía de un eterno Floreal.

En las misas de tu credo, más cordiales, más inquietas,  
que te canten y consagren fugitivo de Verlaine;  
que te nombren compasivas las Mimís y las Musetas ,  
y relaten conmovidos sus pintores y poetas  
cuando entrabas predicando por tu azul Jerusalén...

Que tus pálidas princesas de inefables corazones,  
lleven lirios de tus rimas a un olímpico París...  
con las hostias fraternales de tus suaves comuniones  
que el orfebre de los triunfos en tus líricos blasones,  
grave todos tus laureles con olivo y flor de lis.

¡Ya serás, en el recuerdo, cuando seas un pasado,  
como aquel de la leyenda que tus éxtasis meció,  
ya serás, para in eternum , de algún bronce perpetuado,  
como guardan tus memorias infantiles, por sagrado,  
aquel beso con que Hugo tu niñez acarició!

A Juan Mas y Pi

En la gran copa negra de la sombra que avanza  
quiero probar del vino propicio a la añoranza.

Quiero beber el vino que bebiéramos juntos  
y estos ratos, de aquéllos, serán nobles trasuntos.

(No sé por qué a esta hora, sombría y silenciaría,  
me ha invadido el cerebro de fiebre visionaria.)

En la acera de enfrente, su clara risa suena  
una muchacha alegre como una Nochebuena.

El arrabal, desierto, conmueve un organillo,  
y bailan las marquesas del sucio conventillo;

y vienen las memorias, conturbadas e inciertas  
como un vago regreso de ensoñaciones muertas...

...He leído tu libro. Un saludo levanta

la voz del entusiasmo, que perdura y que canta;

la voz alentadora de buenas expansiones  
en las largas teorías de nuestras comuniones.

Aquel señor tan loco... -Unico hijo de Dios,  
y Unico caballero- nos hermanó a los dos.

(Y eso que tú quisiste, no sé por qué cruel  
sospecha inconfesable, serle una vez infiel...

Mas, ya estás perdonado. Pero en verdad te digo  
que en otra no te escapas sin sufrir tu castigo...

En la calma severa de las meditaciones:  
dolor de tus constantes inquietas obsesiones,

ideando el derrotero de los rumbos plausibles  
se enfermó tu cabeza de ensueños imposibles...

Te veo como antes, duro en el bien y el mal,  
pletórico de un ansia de vida ascensional.

De tus actuales fórmulas hiciste las amadas  
que en la expansión te ofrendan bellezas flageladas.

Has volcado el consuelo de tu mejor augurio  
en el vaso de angustias: el cáliz del turgorio.

Amas el bello gesto que en las horas aciagas  
tiene orgullo de púrpura para cubrir las llagas.

Te obsede el clamoreo de enormes muchedumbres,  
que van, con su epopeya de siglos, a las cumbres...

Compañero: seamos en nuestra misa diaria  
tentación, sermón, hostia: todo menos plegaria.

Cantemos en las liras de los credos tonantes  
la canción nunciadora de mañanas radiantes.

La vida es dolor siempre, así cambie de nombre:  
es dolor hecho carne y es dolor hecho hombre.

Libertémosla, entonces, de los contagios viles  
que, en la sangre, empobrecen los glóbulos viriles.

¡En marcha al país nuevo de las brumas ausentes,  
que un día vislumbraron los geniales videntes!

Derrotando el silencio pregona la conquista  
el salmo combativo de un fuerte Verbo artista.

Pongamos en lo hondo de las frases más sacras  
besos consoladores que suavicen las lacras.

En procesión inmensa va el macilento enjambre;  
mordidas las entrañas por los lobos del hambre.

Lo custodia el misterio, y lleva en sus arterias  
inoculado un virus de sórdidas miserias;

no hay que temer la lepra que roe los abyectos:  
quizás es peor la higiene de los limpios perfectos.

Efigien su nobleza también los infelices:  
¡Blasón de los harapos, lis de las cicatrices!

¡Lidiemos en la justa de todos los rencores...  
insignias de los bravos modernos luchadores!

Para esperarte, amigo, después de la contienda,  
aunque sea en el yermo yo plantaré mi tienda.

Te envío, pues, mis versos, mis versos torturados,  
como flores amargas de jardines violados...

¡Y sean mis estrofas los heraldos cordiales  
de una lírica tropa de poemas triunfales!

A Juan Jose de Soiza Reilly

Al astrólogo ensueño, sus novias: las estrellas,  
contáronle el secreto de unas cosas tan bellas  
que un ruiñeñor lunático, que cantaba a las rosas,  
puso en sus sinfonías esas extrañas cosas.

Era un noble pronóstico, que, enigmáticamente,  
irradiaba su verbo, como un límpido oriente  
en gestación de soles. (Quizá una profecía  
de los magos geniales en blanca epifanía).

Eran graves promesas. Era un coro de astros  
que dejaba en la pauta sus luminosos rastros:  
Yo, en mi musa salvaje, los evoqué, y entonces  
hablaron las estrellas con la voz de los bronce.

Y así ritmo un saludo. Si hallas la canción dura,  
es porque cada estrofa tiene algo de armadura,  
que al corazón resguarda de la flecha amistosa:  
la que al clavarse, a veces se vuelve ponzoñosa.

Tal vez en el Envío que trabaja mi mano  
me ayuda Perogrullo ¡tan ingenioso y llano!  
... Son versos como zarzas, pero hay en sus rudezas  
muchas síntesis bravas de temidas bellezas.

La epopeya del triunfo se ha anunciado sonora,  
al galope del rojo centauro de la aurora,  
que llega, como heraldo de la ciudad lejana,  
precursor del saludo, del laurel y la diana.

Floraciones de músicas en un carmen de gloria  
divulgan los clarines la futura victoria,  
pues, sobre nidos de águilas se ha soñado la lumbre  
de las teas clavadas en la más alta cumbre.

Desfilan en el biógrafo del recuerdo entusiasta,  
los residuos amargos de la sufriente casta:  
tus vagabundos trágicos, tus tristes heroínas:  
testas de manicomios, cuellos de guillotinas;

tus perros soñadores, con nostalgias de luna,  
la historia de la humana pasión donde se aduna  
el delito y el beso, la amada y el suicida  
que se fue de la reja y después de la vida;

tus asesinos bárbaros, apóstoles del crimen,  
tus pobres Margaritas que jamás se redimen,  
tus poetas borrachos, con hambres de apoteosis,  
tus Nietzsches de presidios en celdas de neurosis...

Y lo demás y todo... La herida de la pena,  
que tiene tintes rojos para cada azucena,  
y el último lamento del niño moribundo  
que fue como un andrajo flotando sobre el mundo.

Y lo que no harás nunca: lo que ocultó su clave,  
tal alma que al cerrarse se guardara la llave,  
lo que dejó la vida, por infame y monstruoso,  
en una frase trunca de gesto doloroso.

...Sea tu credo, hermano, mezcla de luz y acero:  
el triunfador es bravo y es duro el justiciero,  
porque la bondad misma, no es sino el espejismo  
que esconde el burgués sello del señor Egoísmo.

Así, mantén tu lema: fuerte como la muerte,  
para siempre in eternum , porque ya de esa fuerte  
raza de Don Quijote vamos quedando pocos:  
¡no hablaron de los vientres los Zarathustras locos!



Acometen serenos los modernos andantes,  
que aun medran soberbios vestigios y gigantes.  
¡Cabeza y brazo para realizar el empeño:  
si Rocinante es torpe que venga Clavileño!

Den, sin temor, ejemplos de viriles acciones  
delante de las jaulas de todos los leones  
y el burlador cobarde que se clave en la frente  
las bellezas normales que le hacen ser hiriente.

Buscando los peligros, en ignoradas sendas,  
no sabrán las heridas de femeniles vendas,  
pero, eso sí, las lanzas, señores caballeros,  
encontrarán molinos y, aun mucho más, carneros,

entuetos y prejuicios, y otros añejos males,  
bellacos, malandrines, follones, hidetales  
y toda la caterva del torvo Encantamiento  
que ha hecho del abdomen Ideal y Pensamiento.

...Compañero: ¡levanta, coronando imposibles,  
el quijotismo, y lleva, como armas invencibles,  
cuando emprendas alguna simbólica salida,  
el genio por escudo, y por blasón la vida!

## OFERTORIOS GALANTES

Un instante no más. Vengo a cantarte  
la canción del laurel. ¡Alza la frente  
que es la única digna del presente  
que, en mi salutación, voy a dejarte!

Tendrá el orgullo de tu sentimiento,  
hoy, otra vez, el soñador cansado  
que se acerca a buscar aquí, a tu lado  
el generoso olvido de un momento.

Y en la tregua fugaz, mientras se asoma  
tu sol a mi pesar indefinido,  
consentirá el león, agradecido,  
que peine su melena una paloma.

Una ausencia gentil de mi fiereza,  
cortés claudicación admirativa,  
te dejará anunciarme, imperativa,  
la altivez inmortal de tu belleza.

Pero, aunque pueda ser así, no quiero

la sujeción de tus amables lazos,  
ni en la suave cadena de unos brazos  
de las ternuras ser un prisionero.

Ni aguardes que hasta ti caricias lleve,  
pues no debo quitarme la armadura  
ni aún en homenaje a tu hermosura,  
siendo el reposo de mi afán tan breve.

Y no puedo ceder, ni frente al rico  
róseo panal de tu sonrisa leda:  
¡El hierro luce mal junto a la seda  
y el escudo no sirve de abanico!

Eso sí, en la canción, antes que vuelva  
a mi fuerte Ideal, verás, acaso,  
para orquestar las horas a tu paso,  
un regreso de alondras a mi selva.

Eso sí, la canción tiene un lirismo  
tierno y galante para cada beso  
que amanece en tus labios, y por eso  
se ha puesto a declinar mi pesimismo.

Tal es, pues, lo que digo; y hoy, que llenas  
mis odres de pasión con tus bondades,  
¡sobre el rojo clavel de mis crueldades  
sangrarán mi perdón tus azucenas!

...Y después de beber en tus castalias,  
como en lago de amor tranquilo y terso,  
¡te besaré las sienes con un verso  
para calzar de nuevo las sandalias!

El clavel  
Fue al surgir de una duda insinuativa,  
cuando hirió tu severa aristocracia,  
como un símbolo rojo de mi audacia,  
un clavel que tu mano no cultiva.

Quizás hubo una frase sugestiva,  
o viera una intención tu perspicacia,  
pues tu serenidad llena de gracia  
fingió una rebelión despreciativa...

Y así, en tu vanidad, por la impaciente  
condena de un orgullo intransigente,  
mi rojo heraldo de amatorios credos

mereció, por su símbolo atrevido,

como un apóstol o como un bandido,  
la guillotina de tus nobles dedos

#### Revelación

Lujosamente bella y exquisita,  
con aire de gitana tentadora,  
llegaste, adelantándote a la hora,  
rodeada de misterios a la cita.

El salón reservado oyó la cuita  
de una cálida noche pecadora,  
y el amor de tu carne ofrendadora  
reventaron las yemas de Afrodita.

Fue en esa breve noche de locuras,  
propicia al Floreal de tus ternuras,  
que, cual glóbulos de ansias pasionales,

tu sangre delictuosa de bohemia  
infiltró en el cansancio de mi anemia  
¡el ardor de los fuertes ideales!

#### Tus manos

Me obseden tus manos exangües y finas,  
¡tus manos!, puñales de heridas ajenas,  
cuando en el teclado predicen, en notas,  
las inapelables deseadas condenas...

Tus manos, amores de nardos y rosas,  
cuya Histeria tiene sangre de Pasiones,  
como aquellas suaves que guardan ocultas  
en venas azules sombrías traiciones.

Como las nerviosas manos de mi amada,  
que, en largas teorías de gestos cordiales,  
devotas del dulce crimen amoroso,  
¡degüellan mis mansos corderos pascuales!

#### Exótica

Tiene un rico sabor de canela  
el encanto andaluz que derrama  
ese hermoso donaire flamenco,  
que trajiste del barrio de Triana.

-En su patio de sol, vio Sevilla  
adornarse por ti las guitarras,  
hoscos ceños de majos celosos  
y torneos de fieras navajas-

A tu lado, me envuelve en perfumes

la mantilla que cubre tus gracias,  
y tu sangre, de ardor y misterio,  
su bravía pasión me contagia.

Y me pongo a pensar en heridas  
de claveles y frutas moradas,  
cuando se abre la flor de tus labios  
en el carmen de todas las ansias.

Y me llenan de luz la cabeza,  
yo no sé qué canciones bizarras  
de tu tierra de amor y alegría,  
y deseo aventuras extrañas,

aventuras rarísimas, cuando  
-como un vaso de néctar de Málaga-  
en la copa mortal de tus besos  
bebo un vino de sangre gitana.

En silencio  
Que este verso, que has pedido,  
vaya hacia ti, como enviado  
de algún recuerdo volcado  
en una tierra de olvido...  
para insinuarte al oído  
su agonía más secreta,  
cuando en tus noches, inquieta  
por las memorias, tal vez,  
leas, siquiera una vez,  
las estrofas del poeta.

¿Yo...? Vivo con la pasión  
de aquel ensueño remoto,  
que he guardado como un voto,  
ya viejo, del corazón.  
¡Y sé, en mi amarga obsesión,  
que mi cabeza cansada,  
de la prisión de ese ensueño  
caerá, recién, libertada  
¡cuando duerma el postrer sueño  
sobre la postrer almohada!

De primavera  
En un carro triunfal hecho de auroras,  
y envueltas en flotantes muselinas,  
con impudor de audacias femeninas  
han llegado las nuevas doce horas.

El viejo de las frías doloras,  
lloradas en letales sonatinas,

va huyendo, incorruptible en sus neblinas,  
de las doce muchachas pecadoras.

¡Una orgía de luz...! ¡Hoy se ha llenado  
de músicas el nido fecundado,  
y el cantor de selváticos poemas,

-heraldo de los sueños germinales-  
anuncia en sus pregones orquestales  
¡el reventar glorioso de las yemas!

#### Invitación

Amada, estoy alegre: ya no siento  
la angustiosa opresión de la tristeza:  
el pájaro fatal del desaliento  
graznando se alejó de mi cabeza.

Amada, amada: ya, de nuevo, el canto  
vuelve a vibrar en mí como otras veces;  
¡y el canto es hombre, porque puede tanto,  
que hasta sabe domar tus altiveces!

Ven a oír: abandona la ventana...  
Deja al mendigo en paz. ¡Son tus ternuras  
para el dolor, como las de una hermana,  
y sólo para mí suelen ser duras!

¡Manos de siempre compasiva y buena,  
yo tengo todo un sol para que alumbres  
ese olímpico rostro de azucena  
hecho de palidez y pesadumbres!

Hoy soy así. Soy un poeta loco  
que ve su dicha de tus tedios presa...  
¡Ven y siéntate al piano: bebe un poco  
de champaña en la música francesa!

No quiero verte triste. De tu cara  
borra ese esguince de pesar cansino...  
¡Hoy yo quiero vivir!... ¡Qué cosa rara,  
hoy tengo el corazón lleno de vino!

#### En el patio

Me gusta verte así, bajo la parra,  
resguardada del sol del mediodía,  
risueñamente audaz, gentil, bizarra,  
como una evocación de Andalucía.

Con olor a salud en tu belleza,  
que envuelves en exóticos vestidos,

roja de clavelones la cabeza  
y leyendo novelas de bandidos.

-¡Un carmen andaluz, donde florecen,  
en los viejos rincones solitarios,  
los rosales que ocultan y ensombrecen  
la jaula y el color de tus canarios!-

¡Cuántas veces no creo al acercarme,  
todo como en un patio de Sevilla,  
que tus más frescas flores vas a darme,  
y a ofrecerme después miel con vainilla!

O me doy a pensar que he saboreado,  
mientras se oye una alegre castañuela,  
un rico arroz con leche, polvoreado  
de una cálida gloria de canela.

¡Cómo me gusta verte así, graciosa,  
llena de inquietos, caprichosos mimos,  
rodeada de macetas, y, gloriosa,  
desgranando pletóricos racimos!

Y mojarse tus manos delincuentes,  
al reventar las uvas arrancadas,  
como en sangre de vidas inocentes  
a tu voracidad sacrificadas...

Y ver vagar, cruelmente seductora,  
en esos labios finos y burlones,  
tu sonrisa de Esfinge, turbadora  
de mis calladas interrogaciones.

Y desear para mí, las exquisitas  
torturas de tus dedos sonrosados,  
¡que oprimen las doradas cabecitas  
de los dulces racimos degollados!

Tu secreto  
¡De todo te olvidas! Anoche dejaste  
aquí, sobre el piano, que ya jamás tocas,  
un poco de tu alma de muchacha enferma:  
un libro, vedado, de tiernas memorias.

Íntimas memorias. Yo lo abrí, al descuido,  
y supe, sonriendo, tu pena más honda,  
el dulce secreto que no diré a nadie:  
a nadie interesa saber que me nombras.

...Ven, llévate el libro, distraída llena

de luz y de ensueño. Romántica loca...  
¡Dejar tus amores ahí, sobre el piano!  
...De todo te olvidas ¡cabeza de novia!

Filtro rojo

Porque hasta mí llegaste silenciosa,  
la ardiente exaltación de mi elocuencia  
derrotó la glacial indiferencia  
que mostrabas, altiva y desdeñosa.

Volviste a ser la de antes. Misteriosa,  
como un rojo clavel tu confianza  
reventó en una amable delincuencia  
con no sé qué pasión pecaminosa.

Claudicó gentilmente tu arrogancia  
y al beber el locuaz vino de Francia,  
-¡oh, las uvas doradas y fecundas!-

un aurora tiñó tu faz de armiño,  
¡y hubo en la jaula azul de tu corpiño  
un temblor de palomas moribundas!

Después del olvido

Porque hoy has venido, los mismo que antes,  
con tus adorables gracias exquisitas,  
alguien ha llenado de rosas mi cuarto  
como en los instantes de pasadas citas.

¿Te acuerdas?... Recuerdo de noches lejanas,  
aún guardo, entre otras, aquella novela  
con la que soñabas imitar, a ratos,  
no sé si a Lucía , no sé si a Graciela .

Y aquel abanico, que sentir parece  
la inquieta, la tibia presión de tu mano;  
aquel abanico ¿te acuerdas?, trasunto  
de aquel apacible, distante verano...

¡Y aquellas memorias que escribiste un día!  
-un libro risueño de celos y quejas-  
¡Rincón asoleado! ¡Rincón pensativo  
de cosas tan vagas, de cosas tan viejas!...

Pero no hay los versos: ¡Qué quieres!... ¡te fuiste!  
-¡Visión de saudades, ya buenas, ya malas!-.  
La nieve incesante del bárbaro hastío  
¿no ves?, ha quemado mis líricas alas.

...¿Para qué añoranzas? Son filtros amargos

como las ausencias sus hoscos asedios...  
Prefiero las rosas, prefiero tu risa  
que pone un rayito de sol en mis tedios.

¡Y porque al fin vuelves, después del olvido,  
en hora de angustias, en hora oportuna,  
alegre como antes, es hoy mi cabeza  
una pobre loca borracha de luna!

Tu risa  
Cuando escucho el rojo violín de tu risa,  
en el que olvidados acordes evocas,  
un cálido vino -licor de bohemia-  
me llena el cerebro de músicas locas.

Un vino que moja tu noble garganta...  
-una húmeda jaula de finos cristales,  
cuyas orquestales invisibles rejas,  
aprisionan raros divinos zorzales-.

Y cuando lo escancias, cordiales de un ritmo  
que roba caricias a los terciopelos,  
caen en mi ropa, de espumas amargas,  
cual lluvia de estrellas de líricos cielos.

¡Tu risa!... Me encanta, me obsede el oído,  
como un intangible sonoro teclado  
sobre el que han volcado los duendes amables  
un rico y bullente champaña dorado.

No sé por qué a veces, si en rápida fuga  
tus polifonías se van diluyendo,  
por mi éxtasis pasan tristes y jocosos  
pierrots que muriesen llorando y riendo...

No sé por qué a veces me quedo pensando  
en óperas breves, donde colombinas  
hermosas y rubias, fingiesen collares  
de luz en las danzas de las serpentinas.

O, muy vagamente, bajo mecedores  
gentiles ensueños de cosas francesas,  
me creo en florido jardín de Versalles,  
acechando un coro de lindas marquesas.

Si acaso disipa mis hondos mutismos,  
con su leve magia de dulces misterios,  
en la quietud vibra, como una sonata  
de alegres clarines en un cementerio.



Cuando en el silencio, custodiando el Odio,  
llegan del hastío las rondas crueles,  
sobre esas heridas: flores de la sombra,  
ella agita y vuelca su taza de mieles...

Cuando en mis severas Misas taciturnas  
se oye tu fanfarria, de sonos ligeros,  
el Genio, vencido por tu musa loca  
suaviza del rito los bronceos austeros.

Tus líricas flautas y tus ocarinas  
anuncian la fiesta de las armonías,  
y mariposean por toda la gama  
donde baila siempre, cautiva parlera.

Por eso, semeja tu boca un mineático  
salón, decorado con frescos de notas,  
donde baila siempre, cautiva parlera,  
una roja dama, galantes gavotas.

Por eso, te ofrecen mis cisnes altivos,  
que tus adorables alondras desdeñan,  
la dulce agonía del último canto  
y doblan el cuello y escuchan y sueñan.

Por eso, si bebo tu risa bohemia,  
-armónico vaso de néctares suaves-  
¡mi pobre cabeza se llena de luna  
y claudican todos sus órganos graves!

Ratos buenos  
Está lloviendo paz. ¡Qué temas viejos  
reviven en las noches de verano!  
Se queja una guitarra, allá a lo lejos,  
y mi vecina hace reír el piano.

Escucho, fumo y bebo, mientras el fino  
teclado da otra vez su sinfonía:  
El cigarro, la música y el vino  
familiar, generosa trilogía...

...¡Tengo unas ganas de vivir la riante  
vida de placidez que me rodea!  
Y por eso quizás, inútilmente,  
en el cerebro un cisne me aletea...

¡Qué bien se está, cuando el ensueño en una  
tranquila plenitud se ve tan vago!...  
¡Oh, quién pudiera diluir la Luna  
y beberla en la copa, trago a trago!

Todo viene apacible del olvido  
en una claridad de cosas bellas,  
así como si Dios, arrepentido,  
se hubiese puesto a regalar estrellas.

¡Qué agradable quietud! ¡Y qué sereno  
el ambiente, al que empiezo a acostumbrarme,  
sin un solo recuerdo, malo o bueno,  
que, importuno, se acerque a conturbarme!

Y me siento feliz, porque hoy tampoco  
ha soñado imposibles mi cabeza:  
En el fondo del vaso, poco a poco  
se ha dormido, borracha, la tristeza

A la antigua  
¡Oh, señora: gentil dama de mis noches!,  
!oh, señora, mi señora, yo le ruego  
que abandone esa romántica novela:  
orgullosa favorita de sus dedos!

Que abandone sus historias de aventuras  
donde hay citas, donde hay dueñas y escuderos,  
callejuelas y sombríos embozados  
y tizonas y amorosos devaneos;

acechanzas del camino y estocadas  
de cadetes o gallardos mosqueteros,  
y amorador noble y rendido de su reina,  
algún Buckingham lujoso y altanero.

Que abandone, le repito, su romance,  
su romance mentiroso, pues confieso  
que me enoja la atención que le dispensa,  
con agravio de mis quejas y mis celos.

De mis celos, sí, lo digo, tal me tienen  
las hazañas del cuitado caballero,  
a quien sueña usted, señora, contemplando  
sus balcones, con la escala de Romeo.

¡Oh, señora, mí señora!, son las doce...  
¿Hasta cuándo piensa usted seguir leyendo?  
¡Hay valor en su tenaz indiferencia  
que no teme los peligros del silencio!...

Son las doce: ya se aprontan los alevos,  
los galantes forajidos de los besos,  
a cruzar la callejuela de unos labios

donde anoche asesinaron al Ensueño...

¡Ay, entonces, de las bocas asaltadas  
por los rojos embozados del Deseo!  
¡Ay de usted, señora mía, si la encuentran!...  
¡Que la salve su hazañoso caballero!

Las manos  
A todas las evoco. Pensativas,  
cual si tuvieran almas, yo las veo  
pasar, como teorías que viniesen  
en las estancias líricas de un verso.

Las buenas, las cordiales, generosas  
madrecitas de olvidos en los duelos,  
las buenas, las cordiales, que ya nunca  
las volvimos a ver, ni en el recuerdo.

Las manos enigmáticas, las manos  
con vagos exotismos de misterio,  
que ocultan, como en libros invisibles,  
las fórmulas vedadas del Secreto.

Las manos que coronan los designios,  
las manos vencedoras del Silencio,  
en las que sueña, a veces, derrotado,  
un tardío laurel de luz el genio.

Las pálidas, con sangre de azucenas,  
violadas por los duendes de los besos,  
que vi una vez, nerviosas, deslizarse  
sobre la gama azul de un florilegio.

Las manos graves de las novias muertas,  
rígidas desposadas de los féretros,  
leves hostias de ritos amatorios  
que ya nunca jamás comulgaremos;

esas manos inmóviles y extrañas,  
que se petrificaron en el pecho  
como una interrogante dolorosa  
de la inmensa ansiedad del postrer gesto.

Las crueles que saben el encanto  
del fugaz abandono de un momento.  
Las exangües, las castas como vírgenes  
severas domadoras del Deseo.

Las santas, inefables, las ungidadas  
con miras de perdón y de consuelo:

amadas melancólicas y breves  
de los poetas y de los enfermos.

Las románticas manos de las tísicas,  
que, en la voz moribunda de un arpeggio,  
como conjuro agónico angustiado,  
llamaron a Chopin, desfalleciendo...

Las manos que derraman por la noche  
los filtros germinales en el lecho:  
las que escriben las cláusulas fecundas  
sobre las carnes que violó el invierno.

Las manos sin amor de las amadas,  
más frías y más blancas que el pañuelo  
que se esfuma en las largas despedidas  
como paloma del adiós supremo.

¡Las Únicas, las fieles, las anónimas  
las manos que en los ojos de algún muerto  
pusieron, al cerrarlos, la postrera  
temblorosa caricia de sus dedos!

Las manos de bellezas irreales,  
las manos como lirios de recuerdos,  
de aquellas que se fueron a la luna,  
en la piedad del éxtasis eterno.

Las místicas, fervientes como exvotos,  
inmaterializadas en el rezo,  
las manos que humanizan las imágenes  
de los blondos y tristes nazarenos.

Y las manos que triunfan del Olvido,  
¡ésas, blancas como el remordimiento  
de no haberlas besado, ni siquiera  
con el beso intangible del ensueño!

A Colombina en carnaval  
Colombina, ¿qué se hicieron  
tus risas de cascabel?  
¡Ah!, desde que se perdieron  
-lo saben quienes te oyeron-  
quedó inconcluso, un rondel...

Surge de las viejas salas  
y como antes, oportuna,  
vuelve a reinar, hoy que exhalas  
suspiros por las escalas  
con que asaltaste la luna.

¿Por qué ese reír que suena  
como un fúnebre fagot?...  
Si es la que yo sé tu pena,  
no te aflijas, que serena  
fue la muerte de Pierrot.

Murió de haberte querido...  
Y ahora que sé tu mal,  
para empaparte de olvido,  
voy a mojar tu vestido  
con agua de madrigal.

Pero debo imaginarte  
entre todas confundida,  
si es que quieres disfrazarte,  
y así, empezaré a rimarte  
la estrofa ayer ofrecida.

Y puesto que eres coqueta,  
sensible a un buen decidor,  
porque lo mandas, inquieta,  
me vestiré de poeta  
para cantarte mejor.

Anónima enmascarada  
que vas, nerviosa, a la cita,  
de sutil gasa adornada,  
con una media calada  
que a la indiscreción incita:

Lleva el disfraz colorado,  
que te acompaña al placer,  
la sangre que ha derramado  
un corazón reventado  
en tus manos de mujer.

Marquesita sin blasones,  
sabía en la broma galante,  
que escuchas en los salones  
correr mil murmuraciones  
de elogios a la intrigante...

¡Cómo luce tu altanero  
orgullo de flor de lis  
cuando habla ese caballero  
con traje de mosquetero  
del tiempo de algún rey Luis!...

Coqueta, linda coqueta,

risueñamente locuaz:  
escondida y bien sujeta  
lleva siempre la careta  
debajo del antifaz.

Pues que está oculta la hermosa,  
la fina mano enguantada,  
¡van, en la seda olorosa,  
cinco lirios color rosa  
corriendo una mascarada!

Como adivino un deseo  
de burla, en tu voz y tienes  
la gracia del discreto,  
me disfrazaré de Orfeo  
para domar tus desdenes.

¿Qué es esa melancolía  
que a conturbar así llega  
el alma de tu alegría?...  
¡Bien haya la bizarría  
del gesto que te doblega!

¡Ensueño de marmitones,  
triste y loca fregatriz  
que, por breves ilusiones,  
abandona sus fogones  
en traje de emperatriz!

Por la gloria de la gracia  
de tu altivez de heroína  
de tan bella aristocracia,  
ha claudicado la acracia  
del changador de la esquina.

Modista, pobre tendera,  
o esclava del obrador:  
vestida de primavera,  
ya rendirás al hortera,  
tenorio de mostrador.

Flor que aroma el delincuente  
búcaro del cafetín,  
loca máscara insolente  
que aguarda lista, impaciente,  
su gallardo bailarín.

Ebrio de amor y de vino,  
sensual donaire guarango  
lucirá tu cuerpo fino,

esta noche en el Casino  
cuando te entusiasme el tango.

Muchacha conventillera  
que, en apuros maternos,  
pasaste la noche entera  
arreglando esa pollera,  
honra y prez de los percales.

Ya, despertando las ganas  
de otras de la vecindad,  
irás con tus dos hermanas,  
Terpsícores suburbanas,  
a un baile de sociedad...

Mascarita... viejecita,  
¡en qué deslumbrantes fugas  
va tu añoranza bendita!...  
¡Viejecita, mascarita  
de caretas con arrugas!...

...Colombina, ¿qué se hicieron  
tus risas de cascabel?  
¡Ah!, desde que se perdieron,  
lo saben quienes te oyeron,  
quedó inconcluso un rondel...

¡Venga la flauta divina  
de tu risa de cristal!...  
¡Colombina, Colombina:  
allá va una serpentina  
continuando el madrigal!

## **EL ALMA DEL SUBURBIO**

El gringo musicante ya desafina  
en la suave habanera provocadora,  
cuando se anuncia a voces, desde la esquina  
"el boletín -famoso- de última hora".

Entre la algarabía del conventillo,  
esquivando empujones pasa ligero,  
pues trae noticias, uno que otro chiquillo  
divulgando las nuevas del pregonero.

En medio de la rueda de los marchantes,  
el heraldo gangoso vende sus hojas...  
donde sangran los sueltos espeluznantes  
de las acostumbradas crónicas rojas.

Las comadres del barrio, juntas, comentan  
y hacen filosofía sobre el destino...  
mientras los testarudos hombres intentan  
defender al amante que fue asesino.

La cantina desborda de parroquianos,  
y como las trucadas van empezarse,  
la mugrienta baraja cruje en las manos  
que dejaron las copas que han de jugarse.

Contestando las muchas insinuaciones  
de los del grupo, el héroe del homicidio  
de que fueron culpables las elecciones,  
narra sus aventuras en el presidio.

En la calle, la buena gente derrocha  
sus guarangos decires más lisonjeros,  
porque al compás de un tango, que es "La Morocha"  
lucen ágiles cortes dos orilleros.

La tísica de enfrente, que salió al ruido,  
tiene toda la dulce melancolía  
de aquel verso olvidado, pero querido,  
que un payador galante le cantó un día.

La mujer del obrero, sucia y cansada,  
remendando la ropa de su muchacho,  
piensa, como otras veces, desconsolada,  
que tal vez el marido vendrá borracho.

...Suenan las diez. No se oye ni un solo grito;  
se apagaron las velas en las bohardillas,  
y el barrio entero duerme como un bendito  
sin negras opresiones de pesadillas.

Devuelven las oscuras calles desiertas  
el taconeo tardo de las paseantes;  
y dan la sinfonía de las alertas  
en su ronda obligada los vigilantes.

Bohemios de rebeldes crías sarnosas,  
ladran algunos perros sus serenatas,  
que escuchan, tranquilas y desdeñosas,  
desde su inaccesible balcón las gatas.

Soñoliento, con cara de taciturno  
cruzando lentamente los arrabales,  
allí va el gringo... ¡pobre Chopin nocturno  
de las costureritas sentimentales!



¡Allá va el gringo! ¡Como bestia paciente  
que uncida a un viejo carro de la Harmonía  
arrastrase en silencio, pesadamente,  
el alma del suburbio, ruda y sombría!

La viejecita  
Sobre la acera, que el sol escalda,  
doblado el cuerpo -la cruz obliga-  
lomo imposible, que es una espalda  
desprecio y sobra de la fatiga,  
pasa la vieja, la inconsolable,  
la que es apenas un desperdicio  
del infortunio, la lamentable,  
carne cansada de sacrificio.

La viejecita, la que se siente  
un sedimento de la materia,  
desecho inútil, salmo doliente  
del Evangelio de la Miseria.

Luz de pesares, propios o ajenos,  
sobre la pena de su faz mustia  
dejan estigmas, de dolor llenos,  
entristeciendo su misma angustia;  
su misma angustia que ha compartido,  
como el mendrugo que no la sacia,  
con esa niña que ha recogido,  
retoño de otros, en su desgracia.

Esa pequeña que va a su lado,  
la que mañana será su apoyo,  
flor del suburbio desconsolado,  
lirio de anemia que dio el arroyo.

Vida sin lucha, ya prisionera,  
pichón de un nido que no fue eterno.  
¡Sonriente rayo de primavera  
sobre la nieve de aquel invierno!  
Radiación rubia de luz que arde  
como un sol nuevo frente a un ocaso,  
triste promesa, mujer más tarde  
linda y deseada que será, acaso,  
la Inés vencida, la dulce monja  
de los tenorios de la taberna,  
cuando el encanto de la lisonja  
le dé su frase nefanda y tierna.

-Ritual vedado de sensaciones  
trágicos sueños, fiebres aciagas,

hostias de vicios y tentaciones  
de las alegres jóvenes magas...

¡Qué de heroínas, pobres y oscuras  
en estos dramas! ¡Cuántas Ofelias !  
Los arrabales tienen sus puras  
tísicas Damas de las Camelias .

Por eso sufre, la mendicante,  
como una idea terrible y fija  
que no ha empañado su amor radiante  
por esa hija que no es su hija.

Mas sus bellezas de renunciada  
jamás del crudo dolor la eximen...  
¡sin haber sido, siquiera, amada  
se siente madre de los que gimen!

Madre haraposa, madre desnuda,  
manto de amores de barrio bajo:  
¡es una amarga protesta muda  
esa devota de San Andrajo,  
que conociese sólo los besos  
de rudos fríos en los portales;  
como descanso para sus huesos  
sólo le dieron los hospitales!

Jirón humano que siempre flota  
sobre sus ansias indefinibles,  
bondad enferma que no se agota  
ni en las miserias irredimibles,  
que la torturan, sin un olvido  
para sus lacras, para su suerte;  
con la certeza de haber vivido  
¡como un despojo para la muerte!

Por eso, a veces, tiene amarguras,  
tiene amarguras de derrotada,  
que se traducen en frases duras  
y dan en llanto de resignada;  
pues nunca supo la miserable,  
de amor alguno, grande o pequeño,  
que la alentara, no le fue dable  
sobre la vida soñar un sueño.

La dominaron los sinsabores  
que la flagelan como a inocente:  
¡en la vendimia de los amores  
fue desgranado racimo ausente!

Fue la azucena sobre el pantano,  
flor de desdichas; a libertarla  
no vino nadie, no hubo una mano  
que se tendiese para arrancarla.

Sin transiciones, siempre vencida,  
ni en el principio de su mal mismo  
tuvo las glorias de la caída:  
Su primer cuna ya era el abismo.

Bajo un hastío que no deseara,  
pasó su noche sin una aurora  
sin que en la vida la conturbara  
ni una impaciencia de pecadora.

Y así, ha guardado con sus pesares  
como un reproche, que se refleja  
en las arrugas, sus azahares  
de nunca novia, de virgen vieja.

Los años muertos sólo dejaron  
esa agonía que no la mata.  
¡Jamás a ella la aprisionaron,  
como entre flores, rejas de plata!

Forjó ilusiones, y las más leves  
la sepultaron como en escombros;  
sobre su testa cayeron nieves  
y honras de harapos sobre sus hombros.

Porque fue buena, dio en la locura  
de cubrir todas sus cicatrices:  
puso los besos de su ternura  
en sus hermanos, los infelices.

Por eso, a veces, tiene su duelo  
en los cansados ojos sin brillo,  
llantos que caen como un consuelo  
sobre las llagas del conventillo.

Carne que azotan todos los males,  
burla sangrienta de los muchachos,  
dádiva y sobra de los portales,  
mancha de vino de las borrachos:

Ahí va la vieja, como una hiriente  
fórmula ruda de una ironía:  
llena de sombras en la esplendente,  
en la serena gloria del día.

Tal vez alguna visión extraña  
ha conmovido su indiferencia,  
pues ha cruzado triste y huraña  
como una imagen de la demencia.

¡Y allá -sombría, y adusto el ceño  
obsesionada por las crueldades-  
va taciturna, como un ensueño  
que derrotaron las realidades!

El guapo  
A la memoria de San Juan Moreira.

Muy devotamente.

El barrio le admira. Cultor del coraje,  
conquistó, a la larga, renombre de osado;  
se impuso en cien riñas entre el compadraje  
y de las prisiones salió consagrado.

Conoce sus triunfos y ni aun le inquieta  
la gloria de otros, de muchos temida,  
pues todo el Palermo de acción le respeta  
y acata su fama, jamás desmentida.

Le cruzan el rostro, de estigmas violentos,  
hondas cicatrices, y quizás le halaga  
llevar imborrables adornos sangrientos:  
caprichos de hembra que tuvo la daga.

La esquina o el patio, de alegres reuniones,  
le oye contar hechos , que nadie le niega:  
¡con una guitarra de altivas canciones  
él es Juan Moreira, y él es Santos Vega!

Con ese sombrero que inclinó a los ojos,  
¡con una guitarra de altivas canciones  
cantando aventuras, de relatos rojos,  
parece un poeta que fuese bandido!

Las mozas más lindas del baile orillero  
para él no se muestran esquivas y hurañas,  
tal vez orgullosas de ese compañero  
que tiene aureolas de amores y hazañas.

Nada se le importa de la envidia ajena,  
ni que el rival pueda tenderle algún lazo:  
no es un enemigo que valga la pena...  
pues ya una vez lo hizo ca...er de un hachazo.

Gente de avería, que guardan crüeles  
brutales recuerdos en los costurones  
que dejara el tajo, sumisos y fieles  
le siguen y adulan imberbes matones.

Aunque le ocasiona muchos malos ratos,  
en las elecciones es un caudillejo  
que por el buen nombre de los candidatos  
en los peores trances expone el pellejo...

Pronto a la pelea -pasión del cuchillo  
que ilustra las manos por él mutiladas-,  
su pieza, amenaza de algún conventillo,  
es una academia de ágiles visteadas .

Porque en sus impulsos de alma pendenciera  
desprecia el peligro sereno y bizarro,  
¡para él la vida no vale siquiera  
la sola pitada de un triste cigarro!...

...Y allá va pasando con aire altanero,  
luciendo las prendas de su gallardía,  
procáz e insolente como un mosquetero  
que tiene en su guardia la chusma bravía.

Detrás del mostrador  
Ayer la vi, al pasar, en la taberna,  
detrás del mostrador, como una estatua...  
Vaso de carne juvenil que atrae  
a los borrachos con su hermosa cara.

Azucena regada con ajenjo,  
surgida en el ambiente de la crápula,  
florece como muchas en el vicio  
perfumado ese búcaro de miasmas.

¡Canción de esclavitud! Belleza triste  
belleza de hospital ya disecada  
quién sabe por qué mano que la empuja  
casi siempre hasta el sitio de la infamia...

Y pasa sin dolor así inconsciente  
su vida material de carne esclava:  
¡copa de invitaciones y de olvido  
sobre el hastiado bebedor volcada!

El amasijo  
Dejó de castigarla, por fin cansado  
de repetir el diario brutal ultraje,

que habrá de contar luego, felicitado,  
en la rueda insolente del compadraje.

-Hoy, como ayer, la causa del amasijo  
es, acaso, la misma que le obligara  
hace poco, a imponerse con un barbijo  
que enrojeció un recuerdo sobre la cara-.

Y se alejó escupiendo, rudo, insultante,  
los vocablos más torpes del caló hediondo  
que como una asquerosa náusea incesante  
vomita la cloaca del bajo fondo.

En el cafetín crece la algarabía,  
pues se está discutiendo lo sucedido,  
y, contestando a todos, alguien porfía  
que ese derecho tiene sólo el marido...

Y en tanto que la pobre golpeada intenta  
ocultar su sombría vergüenza huraña,  
oye, desde su cuarto, que se comenta  
como siempre en risueño coro la hazaña.

Y se cura llorando los moretones  
-lacras de dolor sobre su cuerpo enclenque...-  
¡que para eso tiene resignaciones  
el animal que agoniza bajo el rebenque!

Mientras escucha sola, desesperada,  
cómo gritan las otras... rudas y tercas,  
gozando de su bochorno de castigada,  
¡burlas tan de sus bocas!... ¡burlas tan puercas!...

En el barrio  
Ya los de la casa se están acercando  
al rincón del patio que adorna la parra,  
y el cantor del barrio se sienta, templando,  
con mano nerviosa la dulce guitarra.

La misma guitarra, que aún lleva en el cuello  
la marca indeleble, la marca salvaje  
de aquel despechado que soñó el degüello  
del rival dichoso tajeando el cordaje.

Y viene la trova: rimada misiva,  
en décimas largas, de amable fiereza,  
que escucha insensible la despreciativa  
moza, que no quiere salir de la pieza...

La trova que historia sombrías pasiones

de alcohol y de sangre, castigos crueles,  
agravios mortales de los corazones  
y muertes violentas de novias infieles...

Sobre el rostro adusto tiene el guitarrero  
viejas cicatrices de cárdeno brillo,  
en el pecho un hosco rencor pendenciero  
y en los negros ojos la luz del cuchillo.

Y muestra, insolente, pues se va exaltando,  
su bestial cinismo de alma atravesada:  
¡Palermo, le ha oído quejarse, cantando  
celos que preceden a la puñalada!

Y no es para el " otro " su constante enojo...  
¡A ese desgraciado que a golpes maneja,  
le hace el mismo caso, por bruto y por flojo,  
que al " pucho " que olvida detrás de lo oreja!

¡Pues tiene unas ganas su altivez airada  
de concluir con todas las habladurías!...  
¡Tan capaz se siente de hacer una hombrada  
de la que hable el barrio tres o cuatro días!...

...Y con la rudeza de un gesto rimado,  
la canción que dice la pena del mozo  
termina en un ronco lamento angustiado,  
¡como una amenaza que acaba en sollozo!

De la aldea  
Regresan de la era. Se oyen cercanas  
las fuertes risotadas y las canciones  
con que animan la vuelta los mocetones  
que siguen, desde lejos, a las aldeanas.

Ya, detrás de las rejas de las ventanas,  
estudian las muchachas contestaciones,  
para dar a las tímidas declaraciones  
que de rústicos labios salen galanas.

Como van a concluirse las romerías,  
crecen las estruendosas algarabías...  
Y, halagando a una novia provocadora,

pasa diciendo un mozo de porte fiero,  
al son de la guitarra conquistadora,  
las postreras hazañas de un bandolero.

Residuo de fábrica  
Hoy ha tosido mucho. Van dos noches

que no puede dormir; noches fatales,  
en esa oscura pieza donde pasa  
sus más amargos días, sin quejarse.

El taller la enfermó, y así, vencida  
en plena juventud, quizá no sabe  
de una hermosa esperanza que acaricie  
sus largos sufrimientos de incurable.

Abandonada siempre, son sus horas  
como su enfermedad: interminables.  
Sólo a ratos, el padre, se le acerca  
cuando llega borracho, por la tarde...

Pero es para decirle lo de siempre,  
el invariable insulto, el mismo ultraje:  
¡le reprocha el dinero que le cuesta  
y la llama haragana, el miserable!

Ha tosido de nuevo. El hermanito  
que a veces en la pieza se distrae  
jugando, sin hablarla, se ha quedado  
de pronto serio como si pensase...

Después se ha levantado, y bruscamente  
se ha ido murmurando al alejarse,  
con algo de pesar y mucho de asco:  
-que la puerca, otra vez escupe sangre...

La queja  
Como otras veces cuando la angustia  
le finge graves cosas hurañas;  
la infeliz dijo, después que el rojo  
vómito tibio mojó la almohada,  
las mismas quejas de febriciente,  
las mismas quejas entrecortadas  
por el delirio, las que ella arroja  
como un detritus de la garganta.

Bajo el recuerdo remoto y vivo,  
jornadas rudas de su desgracia,  
rápidos cruzan por la memoria  
sus desconsuelos de amargurada:

desde el sombrío taller primero  
que vio su carne cuando era sana  
hasta la hora de la caída  
de la que nunca se levantara.

Porque era linda, joven y alegre



ascendió toda la suave escala:  
supo del fino vaso elegante  
que vuelca las flores en la cloaca.

Porque a su abismo lo creyó cumbre,  
leves mareos de la esperanza  
quizá embriagaron sus realidades  
puesto que huyeron sin inquietarla;  
y la salvaron de los hastíos  
que levemente la desolaran,  
como poemas sentimentales,  
largos idilios de cortesana.

Después... terrible, llegó el descenso,  
y hubo agonías de lucha infausta:  
el tren lujoso, los bares de moda,  
-últimas glorias de consagrada-  
ya no volvieron a mecer tiernas  
ensoñaciones interminadas,  
ya no volvieron ansias ocultas  
de las novelas de fe romántica,  
ni a obsedar, tristes, sus aventuras  
las heroínas que ella imitara,  
pues, desde entonces, casi insensible,  
vivió la vida de una de tantas...  
y enamoróse de un orillero,  
por un capricho, porque ostentaba,  
como un orgullo jamás vencido,  
adorno y premio de sus audacias,  
una imborrable cicatriz honda  
sobre su rostro: cartel de cara,  
brutal nobleza, blasón sangriento  
que con fiero arte grabó la daga.

La vio el suburbio pasar risueña,  
porque en sus horas inconfesadas  
de peregrina de los burdeles  
fue la devota que amó las llagas;  
y a su belleza rindió homenaje  
la inmunda jerga que deshojaba  
en delictuosas galanterías  
rosas obscenas para sus gracias;  
la jerga inmunda, que en madrigales  
volvió la torpe frase guaranga  
de los celosos apasionados,  
que bravamente, como ofrendadas  
invitaciones de amor, lucían  
vivos claveles en la solapa,  
largos reproches en sus cantares  
y torvas iras en las miradas...

sus caballeros... esos a quienes  
por su coraje, la roja heráldica  
de las pendencias y las prisiones  
dio pergaminos de aristocracia.

Más tarde el otro... Las exigencias,  
las tiranías de aquel canalla  
que ella mantuvo, las indecibles  
horas de eterna mujer golpeada;  
siempre el azote como caricia  
sobre sus lomos que soportaron  
sin rebeliones de carne esclava:  
¡lomos de pobre bestia sufrida,  
de pobre bestia ya reventada!  
Y aquella noche, ¡noche tremenda!  
en que sintiendo la horrible náusea  
del primer vómito, que arrancó el golpe  
del bruto infame, loca de rabia,  
embravecida, con todo su asco  
le escupió al rostro su sangre insana...

Y otra vez, y otra; feroz recuerdo  
del miserable, lleva la marca,  
lleva el estigma que dejó el tajo  
con que, al marcharse, le abrió la cara.

Después, enferma... Los sufrimientos,  
las mentirosas voces de lástima  
o los insultos jamás velados:  
¡la vida puerca, la vida mala!

Perdió en el lecho sus atractivos,  
Y así, destruida la antigua gracia,  
ya no hubo triunfos, pues los deseos  
para saciarse la hallaron flaca...

Por eso a solas, hoy, en el cuarto  
donde se muere, donde le arranca  
hondos gemidos la tos violenta,  
la tos maldita que la desangra,  
bajo la fiebre que la consume  
tiene rencores de sublevada,  
¡tiene unas cosas!... ¡Oh, si pudiera  
con los pulmones echar el alma!

Por eso grita su queja inútil  
de inconsolable, la queja aciaga,  
inofensiva, porque en su boca,  
son estertores de amordazada,  
las frases duras que va arrojando

como un detritus de la garganta  
llena de angustias, al mismo tiempo  
que los pedazos de sus entrañas.

La guitarra  
Porque en las partituras de su garganta  
ella orquesta la risa con el lamento,  
porque encierra una musa que todo canta,  
es la polifonista del sentimiento.

Por la prima aflautada vuelan las aves  
de las notas chispeantes y juguetonas,  
y, poblando el ambiente de voces graves,  
braman las roncadas iras en las bordonas.

Arco de mil envíos. Carcaj de amores,  
hacen sus flechas raudas líricas presas,  
así como, en la pauta de los rencores,  
suele rugir el pueblo sus marsellesas.

Ella lauda en su solfa los caballeros  
del valor o del arte, y aun hay un gajo  
de laurel para todos los cancioneros  
de la fértil Provenza del barrio bajo.

Por eso elogia siempre los más sensibles  
finos ensueños, como también halaga  
los audaces pasiones irresistibles  
de los fieros Tenorios de poncho y daga.

La luz de un viejo idilio, como aureola,  
Que ciñe su cordaje, quizás le llega  
desde el fondo de un rancho: que aunque española  
conoció el amor gaucho de Santos Vega.

Bajo el alero en ruinas, contando duras  
malas correspondencias a sus deseos,  
con la magia vibrante de sus ternuras  
cautivan a las mozas criollos Orfeos.

Ella inspira en el baile las alabanzas  
de floridos requiebros y relaciones,  
o las citas fugaces en las mudanzas  
de los tristes cielitos y pericones.

O, a los lentos acordes provocativos,  
en su seno se agitan las habaneras,  
que, libertando locos besos cautivos,  
se desmayan sensuales en las caderas.

Organos y clarines, sus voces finas  
suenan, cuando en el rojo de sus vergeles  
florece la amargura de las espinas  
y sangra la epopeya de los laureles.

A sus cordiales sonos apasionados  
en las noches alegres de serenatas;  
envían los galanes desconsolados  
sus doloridas quejas a las ingratas...

Por sus historias pasan, como un gemido  
que presagiase largos, fatales duelos,  
las románticas cuitas del pecho herido,  
o las rojas venganzas de los Otelos.

Cuando la pulsan toscas manos brutales,  
ella tiene temores de sensitiva,  
como bajo opresiones espirituales  
insinúa caprichos de novia esquiva.

-Melodiosos mensajes de las constancias-  
se mecen las memorias en sus cadencias,  
y desde el infinito de las distancias  
vienen los "no me olvides" a las ausencias.

Ofrenda generosa de un dulce instante  
que llenase la caja de ritmos ledos,  
en las cuerdas sonoras puso una amante  
el beso, que, aun borrado, quema los dedos.

Calandrias fugitivas que van pasando,  
de tiempos de leyenda vivo trasunto,  
por ella todavía cruzan vagando  
los derroches de ingenio del contrapunto.

Modulando responsos conmovedores,  
en la exaltación honda de su noble estro,  
dice las odiseas de payadores  
que murieron cantando como el Maestro.

En las manos del majo su gracia encela  
el alma de la chulas -sangre bravía-  
y en su carmen de amores, vino y canela,  
¡revientan los claveles de Andalucía!

Castañuelas, jaleos, ricos mantones,  
manolas, bizarrías, rosas bordadas...  
¡Se perfuman las sedas de sus canciones  
en el patio de aromas de las Granadas!

Corona los aplausos que lo merecen  
las ágiles hazañas de los toreros,  
o sobre algún sombrío cuento aparecen  
evocadas visiones de bandoleros.

Vive en los Escoriales de los blasones,  
o en las Trianas flamencas de las Sevillas  
¡y ya es una marquesa de áureos salones,  
ya la pobre muchacha de las bohardillas!

Por eso, luce orgullos de aristocracia  
en la altivez de regios rasos triunfales,  
como también se llena de humilde gracia  
en la coquetería de los percales.

A sus cálidos ritmos, de suaves tonos,  
en su hamaca de nervios y fantasía,  
mecen provocadoras sus abandonos  
las seis líricas damas de la Harmonía.

Es la polifonista del sentimiento;  
es la de los dolores y los placeres:  
¡la que orquesta la risa con el lamento,  
la que canta aleluyas y misereres!

Los perros del barrio  
Ya llegan cansados en rondas hambrientas  
a husmear trozos entre los residuos:  
caridad de afables cristianas sirvientas  
que tienen por ellos cuidados asiduos.

La humildad que baja de sus lagrimales  
se trueca en desplantes de ladridos fieros:  
no en vano regresan de sucios portales  
cumplida su ingrata misión de cerberos.

Espíritus sabios en sus devociones,  
ladran sus blasfemias como ángeles malos,  
pero en los oficios de las contriciones  
los mueve a ser santos la unción de los palos.

Tal vez ellos mismos, en noches aciagas  
son los milagreros geniales artistas,  
de bíblicas lenguas, que curan las llagas  
de anónimos Cristos sin evangelistas...

En las castas horas de amables ensueños,  
son, regularmente, como nadie parcos  
en el decir, pero se tornan risueños  
cuando beben agua de luna en los charcos.

Gozan la primicia de las confidencias  
en los soliloquios de los criminales,  
y, como sus dueños, buscan las pependencias  
y aman los presidios y los hospitales.

De noche, consuelan la angustia infinita  
de los incurables que en los conventillos,  
dulcemente lloran a la Margarita  
que muere en las teclas de los organillos.

Puntuales consignas, jamás olvidadas  
con los que despiertan, fielmente severos,  
a las obreritas, en las madrugadas  
que anuncian las dianas de los gallineros.

Se entristecen cuando la mujer insulta  
-... a ese sinvergüenza que aun no ha venido...  
Y en su compañía descubren la oculta  
lejana cantina donde está el marido.

Final de la ofensa nunca perdonada,  
rencor de los héroes de almas agresivas,  
gustan la belleza de la puñalada  
que alcanza a las locas muchachas esquivas.

Crías corajudas, de castigo eximen  
a las delincuentes famas orilleras,  
si es que se discute la causa del crimen  
que apasionó al barrio semanas enteras...

Ponen sus rabiosas babas en los cuentos  
de las enredistas brujas habladoras,  
y asisten en días de arrepentimientos  
a las confesiones de las pecadoras.

Luctuosos de mugre van a los velorios  
donde, haciendo cruces, arañan las puertas  
y, muy compasivos, gruñen responsorios  
y recitan Salves por las novias muertas.

Hallan escondrijos de cosas guardadas,  
y cautos, divulgan en el vecindario  
fórmulas secretas de alquimias, robadas  
al hosco silencio de algún visionario.

Con mucho sigilo, ferozmente, serios  
en el amplio, oscuro templo de la acera  
celebran sus ritos de foscos misterios,  
aullando exorcismos contra la perrera.

Custodian el acto, de extrañas figuras,  
los insospechados de infames traiciones;  
hay autoritarias torvas cataduras  
de perros caudillos y perros matones.

Uno, sobre todo, terror de valientes,  
jamás derrotado volvió a la covacha:  
¡quizás Juan Moreira le puso en los dientes  
su daga de guapo sin miedo y sin tacha!

Y hay otro, apacible, gentilmente culto,  
de finos modales, ingenioso y diestro  
en estratagemas de escurrir el bulto,  
y a quien los noveles le llaman Maestro.

Y hay otro, que, cuando la fiesta termina  
hablando a los fieles con raro lenguaje  
parece un apóstol de gleba canina  
que dice a las gentes su Verbo salvaje.

Y otro, primer premio de anuales concursos  
y que, en saber, ante ninguno se agacha,  
es una promesa que sigue los cursos  
de las academias de un perro Vizcacha .

Y otro, que en su orgullo se llama nietzscheano,  
siempre maculado de filosofías,  
en cien bellas frases, de credo inhumano,  
expone a la horda tremendas teorías...

Y otro, que con aire de doncel apuesto  
finge repulsiones hablando de gracia,  
cuidando la forma de su noble gesto  
impone el buen gusto de su aristocracia.

Y el otro, que el domingo va a las conferencias,  
donde dragonea ya de libertario,  
afirma que toda clase de violencias  
es en estos días un mal necesario.

Y otro, patriotero, bravo y talentoso,  
-nació en Entre Ríos- elogiando el suelo  
de su cuna, agrega, que en tiempo glorioso  
fue hermano en Calandria , y hermano en mi abuelo.

Y otro, de impecada frescura de asceta,  
que a veces fulmina no sé qué amenaza,  
es el escuchado tonante profeta  
que augura el destino mejor de la Raza.

Y algunos, que acaso fueran ovejeros  
en las mocedades de sus correrías,  
relatan historias de gauchos mataderos  
con quienes pelearon a las policías.

Y otros, caballeros que leen Don Quijote  
y ya han recibido más de una pedrea,  
casi pontifican que siempre el azote  
ha sido recurso de toda ralea...

Y otros, familiares reliquias vivientes  
que atiende el Estado, sarnosos y viejos  
mas con su prestigio de bocas sin dientes,  
inician a varios que piden consejos.

...Y ahí están. De pronto vuelven, todos juntos,  
a narrarse, en orden, sus melancolías:  
pregunta y respuesta, como en contrapuntos  
de fúnebres salmos que son letanías.

¡Parece que el alma de los payadores  
hubiese pasado por sobre la tropa,  
y que, frente a graves jueces gruñidores,  
está Santos Vega y está Juan sin Ropa!

...¿Qué será ese inquieto pavor tumultuario  
que desde la sombra llega, a la sordina?  
¡Cómo si rezasen lúgubres rosarios,  
de hostiles rumores se puebla la esquina!

Se van galopando... ¿Por qué habrán huido?  
...¡Qué sola ha quedado la calle! ¡Qué honda  
la pena del ronco furor del aullido!  
¿No sientes, hermano? Se aleja la ronda...

## **RITOS EN LA SOMBRA**

Una noche de invierno, tan cruda  
que se fue del portal la Miseria,  
y en sus camas de los hospitales  
lloraron al hijo las madres enfermas,  
con el frío del Mal en el alma  
y el ardor del ajenjo en las venas,  
tras un hosco silencio de angustias,  
un pobre borracho cantó en la taberna:

-Compañero: no salgas, presiento  
algo raro y hostil en la acera.



...La invadieron aullando los lobos...  
Asómate, hermano. ¡La calle está llena!

Son los mismos que espían tu paso  
en la sombra sin fin de su senda,  
los que en sórdidas tropas se anuncian  
y en horas terribles arañan la puerta...

...¿Que no entiendes? ¿No tiembla tu prole  
al salvaje ulular de las bestias?...  
¿Nunca vio la Desgracia? ¿Fue siempre  
la entraña sin hambre, la entraña repleta?

...Continúan aullando, ¿no oíste?  
Ritornelo feroz que resuena  
como un lúgubre grito flotando  
por sobre la cuna que mece la anemia.  
¡Y son todos! No falta ninguno;  
y la noche no pasa: es eterna.  
El Dolor es invierno; te cubre:  
no guardes ni sueños jamás primaveras.  
El olvido está lejos; no viene  
a dejar junto a ti su promesa,  
su promesa de muerte, ¡la Madre,  
a veces tan mala y a veces tan buena!

Nunca nadie sabrá de la mano  
que pusiese en tus ojos la venda,  
con la cual has caído tan hondo  
que aquellos que quieren mirarte se ciegan.  
En tu anónimo abismo te agitas  
sin desear un regreso, en la inquieta  
sensación del inmenso desplome  
que arrastra consigo tus dudas tremendas.  
Sin embargo, quizás te azotaran,  
en la calma de tu indiferencia,  
-flageladas visiones de ensueño-  
posibles terrores de locas tormentas  
En el fondo temible de tu alma  
anda suelto un espanto de fiera:  
¡Qué curioso sería asomarse  
a ver si ella tiene también sus violencias!

...¿No los ves? ¡Cómo asustan sus ojos,  
sus inmóviles ojos que velan  
en las noches infaustas, propicias  
al hórrido asedio clavado allí, afuera,  
cuando el Miedo desata sus hordas  
y las llagas del Crimen revientan,  
si, con ruda caricia indeleble,

las toca una mano brutal que no tiembla!  
¡Y tú sigues lo mismo! Diría  
que en tus sueños mejores tuvieras  
pesadillas de murrias de plomo,  
letales desganos de fiebres ya viejas...  
Sin querer en tu ruta inquietante  
presentir, ni un momento siquiera,  
la amenaza mortal de un perenne  
furor sigiloso de fauces que acechan...

...No te rías... Ya vuelven de nuevo  
a rondar al amor de la niebla;  
las famélicas bocas enormes  
parece que llaman, imploran y esperan.  
Cubren toda la calle; bravíos,  
van marcando en la nieve sus huellas,  
como estigmas de atroces presagios,  
y, sórdidamente cansados, jadean.  
¿Quién los trae? No sé. ¿Quién los llama?  
¿Por qué huyeron, dejando sus selvas?...  
Son tropeles que azuza el peligro  
y vienen de lejos como una inclemencia...  
¿Mas, qué buscan? Los lomos hirsutos  
estremecen sus rabias sangrientas;  
en un torpe rencor incesante  
tal vez una vida sus garras laceran.

¿Mujer... hijos? No quiero acordarme.  
¿Están ellos aquí?... No te duermas...  
¿Han aullado otra vez, o es el viento?  
Los dos se han unido y aguardan la presa.  
¡Yo los siento volver: son los mismos,  
los conozco, los monstruos que llegan:  
de mis largas vigilias guardianes  
y junto a mi lecho fatal, centinelas!  
...Sus tentáculos hieren mi entraña...  
Mira, hermano, la noche ¡cuán negra!  
Se creyera que pasa la vida  
Envuelta en un torvo jirón de tinieblas.  
¿Cómo cae la nieve, en la calle  
sin un rayo de luz? ¡Qué tristeza!  
Si pudiese pensar, pensaría  
que dentro del alma me cabe una estepa...

¡Oh, mi sangre sin sol, mis pasiones,  
mis oscuras heridas inciertas  
que en el borde filoso del vaso  
a todos los filtros del Odio se abrieran!  
...Ven, acércate más. No te turbes  
y verás en la noche agorera

cómo sobre la fúnebre ronda  
medita el Ensueño, con cara de pena...  
¿Quién se ha puesto a reír? ¡Compañero:  
se han mezclado a los lobos las hienas!...  
¡El Silencio descubre su esfinge  
y, aullando, los monstruos avanzan a tientas!...

...Hubo un ronco gemido en la sombra,  
se halló solo el borracho en la tienda  
y por eso la loca, la extraña  
mitad de aquel canto, quedó en la botella.

Imágenes del pecado  
Enfermizas plenitudes  
de emociones amatorias,  
modernismo de lo Raro,  
de embriagueces ilusorias,  
que disfrazan las crudezas de sus credos materiales,  
como fórmulas severas  
de blasones impolutos,  
que, discretos, disimulan  
los salvajes atributos,  
las paganas desnudeces de las fuerzas germinales.

Rosa-estigma que en los labios  
han dejado los orfebres  
de la Ardencia. Bestias malas  
de lascivias y de fiebres,  
que no doman los actuales filosóficos Orfeos,  
acechando por las noches  
los oficios sigilosos...  
por las noches consteladas  
de los besos milagrosos  
que deshacen en las bocas el rubí de los deseos...

Predilecta medianoche  
vagamente ensoñativa,  
que ha exhumado un bello libro  
de lectura sugestiva,  
de encubiertas entrelíneas de extravíos irreales...  
¡Oh, curiosa, febriciente  
cabecita conturbada,  
que en los tibios abandonos  
delatados en la almohada  
se fecunda de las sabias poluciones cerebrales!

¡Oh, cuán negros los hastíos  
de las púberes sensuales!  
-¡Oh, cuán largas las esperas  
de los pálidos nupciales,

en los ratos aburridos de cloróticas visiones...  
cuando creen que las abejas  
    evocadas vendrán, fieles,  
a traerles, compasivas,  
    con sus vinos y sus mieles,  
las cantáridas nocturnas de las fuertes obsesiones!...

Voz fatal que en los gentiles  
    Evangelios de Afrodita,  
    al cenáculo vedado  
    de su roja mesa invita.  
¡Oh, furtivas comuniones en los cultos que revelan  
el peligro imaginable  
    de las hostias consagradas  
donde, lívidas, se ocultan  
    las cabezas desmayadas  
de los duendes cautelosos que en la extraña misa velan!...

Neurasténica enclaustrada  
    cuyos lirios de pureza  
ha violado sin esfuerzo  
    la triunfal Naturaleza:  
Esa siempre parturienta, santamente dolorida.  
-Fue la hora en que cayeron  
    deshojados los claveles,  
que, al sangrar las castidades  
    en los tálamos crueles  
los augurios se regaron con los filtros de la Vida-

Virgen mística de celda,  
    brasa blanca de incensario,  
fiel ritual de oscurantismo,  
    fría imagen de santuario,  
por la fe de su locura tonsurada contra el Vicio,  
que ha sentido en los insomnios  
    conmover su paz austera  
un satánico deseo  
    de su sangre de soltera,  
de su palma que claudica del inútil sacrificio.

Delicada sensitiva  
    en los cálidos antojos  
que se burla de la ausencia  
    de la luz de los sonrojos...  
Que exaltando sus caprichos -¡los diabólicos, los tiernos!...  
al Cantar de los Cantares,  
    siempre nuevo en sus caricias,  
sabe ungir de la gloriosa  
    caridad de sus delicias  
a las vértebras que sufren el horror de los inviernos.

Favorita de Nirvana,  
de los vinos superfinos,  
espasmódica del éter,  
que ilustró los pergaminos  
de la nueva aristocracia del hatchís y la morfina:  
Ofertorio inconfesable  
de exquisita delincuencia  
generosa, sorprendente,  
bien gustada quintaesencia  
de ilusión por el pecado de la copa clandestina...

Pubertad de conventillo  
que, en su génesis, halaga  
la teoría lamentable  
del harapo y de la llaga,  
silenciando la inconsciente repulsión a lo maldito...  
Alentadas bizarrías  
de muchacha sensibilera,  
que presume ingenuamente  
de Manón arrabalera,  
suavemente flagelada por las sedas del Delito.

Cortesana de suburbio,  
que se sabe mustia y vieja  
y olvidar quiere los hondos  
desconsuelos de su queja,  
palpitante, en su derrota, por la última aventura,  
que, al cruzar los barrios bajos  
en la tarde de la cita,  
va creyendo ser la triste,  
la incurable Margarita  
que abandona con la muerte su romántica locura.

Torturada visión breve  
del amor de una heroína  
del prostíbulo y la cárcel:  
roja flor de guillotina,  
que ha soñado con un novio que la finge una azucena:  
con un blondo Nazareno  
que la mueve a inevitable  
santa senda arrepentida,  
-de intuición insospechable-  
a seguir su religiosa vocación de Magdalena.

Bella trágica historiada,  
Salomé del histerismo,  
portadora de extrañezas  
del país del exotismo,  
iniciada en el secreto de las cláusulas suicidas,

que, en sus largas devociones  
    por las fiestas misteriosas,  
por las torpes confianzas  
    y las pautas tenebrosas,  
comulgó con los maestros de las músicas prohibidas.

¡Oh, las pascuas de las carnes  
    bondadosas, que florecen  
por aquellas que concluyen...  
    por aquellas que envejecen!  
¡Oh, los siete ángeles malos! ¡Oh, los ángeles propicios  
al exvoto de las manos  
    sabiamente extenuativas,  
que degüellan las palomas  
    de las blancas rogativas,  
en las vísperas sangrientas de los negros sacrificios!

En la noche  
Vencía la sombra. Misterio, llegando,  
rimaba la angustia de sus misereres,  
mojando, en el suelo, los frutos de Ceres,  
la Maga del germen que lucha creando.

Muy suave, el Deseo pasaba contando  
las cálidas noches de extraños placeres,  
diciendo los sueños de frescas mujeres  
que en torpes neurosis se fueron matando...

Su copa de sangre volcaba en las brumas.  
Ocaso muy triste, bordeando de heridas  
el cielo, llagado de rojas espumas,

y allá, en una oscura visión de tugurio,  
con voz de esperanza, cubriendo las vidas  
cantaba un apóstol su bárbaro augurio...

Murria  
Con un blando rezongo soñoliento  
el perro se amodorra de pereza,  
y por sus fauces el esplín bosteza  
la plenitud de un largo aburrimiento.

En la bruma de mi hosco abatimiento  
como un ratón enorme de tristeza  
me roe tenazmente la cabeza,  
forjándole una cueva al desaliento.

Lleno de hastío, al mirador me asomo:  
Un cielo gris con pesadez de plomo  
vuelca su lasitud sobre las cosas...

Y porque estoy así, fatal, envidio  
y deseo las dichas bulliciosas,  
las ansias de vivir... ¡Ah, qué fastidio!

Visiones del crepúsculo  
Ya la tarde libra el combate postrero  
en las flechas de oro que lanza al acaso,  
y se va -como un príncipe, caballero  
en el rojo corcel del Ocaso-.

Se ahonda el misterio de las lejanías,  
misterio sombreado de tinte mortuorio,  
y el barrio se puebla de las letanías  
que llegan del negro, cercano velorio.

Empieza a caer la nieve... Dulcemente,  
un rumor de canciones resuena  
en el patio del conventillo de enfrente,  
que, en ritmos alegres, oculta una pena...

Las mozas, dicen sus ansias juveniles...  
-la salud se hizo canto en sus bocas,  
como en una lira de cuerdas viriles  
que guarda un deseo de imágenes locas.

Rayo de sol sobre la escarcha: la mustia,  
de inviolable sudario en el seno,  
copa repleta del vino de la angustia  
que infiltra en la sangre su sabio veneno-.

Finge en arabescos la nieve que baja  
como una lluvia de blancos pesares,  
una viejecita que hila su mortaja,  
y una novia que arroja azahares.

Sobre una cabeza inquieta, entristecida,  
yo la veo caer, como un beso  
que absorbiese los rencores de una herida  
y quedase en los bordes impreso.

Se desconsuela el barrio... Todos los males  
salvajes resurgen aullando impaciencias  
como presagios, que en las noches mortales  
florece las llagas de sordas dolencias...

Asómate a la ventana, hermano. Mira,  
tras la niebla, espejismos extraños  
de fiebres. Desde una frente que delira,  
soltó la tristeza sus búhos huraños...

Rondan sugerencias en el pensamiento,  
a todas las luchas del Crimen resueltas,  
y el ambiente es propicio al presentimiento,  
pues las bestias del mal andan sueltas.

...Me invade el miedo. Mi cerebro afiebrado  
es un biógrafo horrible de cosas  
fatídicas y raras de lo ignorado:  
donde van a caer, silenciosas.

En la casa del tísico, que los fríos  
llevaron al lecho, graznó una corneja:  
la inspiración de los cuentos sombríos  
que junto a la lumbre musita la vieja.

La huerfanita, en el desván ha cesado  
de gemir, y, aunque nadie la asiste,  
en su glacial abandono se ha quedado  
obsedada del sol, como triste

enferma que deseara un ardor eterno,  
y, envuelta en su suave caliente pelliza,  
tuviese en una noche cruda de invierno  
un cálido sueño de tardes en Niza.

El mendicante se ha ido de la puerta...  
Dice algo muy hosco su ceño fruncido,  
como si algún dolor en su mano abierta  
entre las limosnas hubiese caído.

El crónico del hospital, ya moribundo,  
sospecha, insensible, la gran Triunfadora,  
y como en neblinas ve pasar el mundo,  
sonámbulo grave que aguarda la hora...

En su instante supremo la frente inclina,  
como en su último adiós un bandido  
que llorase al pie de la guillotina,  
y se fuese después redimido.

¿Será el miedo, hermano? ¿No oyes cómo brama  
el viento en la calle, tan sola y oscura?...  
¡Si supieses! Anoche, junto a mi cama,  
con muecas burlonas pasó la Locura.

En la sombra  
Llegaba la noche con tono violento.  
Llorando de miedo la tarde caía,  
y en hondas y abiertas prisiones, se oía



correr desbocados los potros del viento.

Tomaba infinito contorno sangriento  
el áspero traje que todo cubría.  
"Misterio" en un símbolo negro reía,  
mostrando en su risa terrible contento.

El Mal, desataba los monstruos del Vicio.  
Marchaba un apóstol hacia el sacrificio...  
cantando sus grandes, sus fuertes ideales,

sus fuertes ideales cantando muy quedo...  
Y, allá, amenazada por sombras fatales,  
la tarde caía llorando de miedo.

Reproche musical

Si te sientas como anoche junto al piano,  
a mis ruegos insensible, taciturna:  
fugitiva de aquel aire wagneriano  
que tú sabes. Sí, cual trágica nocturna

traes la sombra del mutismo caprichoso  
de unos celos singulares y tardíos,  
volveremos a rozar el enojoso  
viejo tema del "porqué" de tus hastíos.

¿Ves, amada? Ya se ha oído la sombría  
voz solemne del Maestro: ya ha asomado  
su faz grave la orquestal Melancolía,  
y el esplín contagia el alma del teclado.

Deja, ¡loca!, de tocar... Risueñamente  
ven y cura tu neurosis, flor de anemia,  
con las risas que destilan el ardiente  
rojo filtro de la música bohemia:

¡La que anuncia, por las tardes alegradas  
de benditas borracheras, los regresos  
presentidos a las carnes asoleadas  
en el pleno mediodía de los besos!

Ríe y canta: torna bueno el rostro huraño,  
y, como antes, tu garganta tentadora  
volcará en mi copa negra el vino extraño  
de una cálida armonía pecadora.

No me digas más del Rhin... Llueven tristeza  
esos cielos de leyendas wagnerianas...  
y ¡qué quieres!, hoy yo tengo en la cabeza  
más neblina que tus músicas germanas...

Bajo la angustia  
Dijo anoche, su canto de muerte  
la canción de la tos en tu pecho,  
y, al mojarse en las notas rojizas,  
mostró flores de sangre el pañuelo.

-¡Pobrecitas las carnes pacientes,  
consumidas por fiebres de fuego;  
para ellas las buenas, las tristes,  
tiene un blanco sudario el invierno!

...Mira: abrígate bien, hermanita,  
mira, abrígate bien, yo no quiero  
ver que cierre tus ojos la Bruja  
de los flacos y fríos dedos...

Hermanita, ¡me viene una pena!  
si te escucho gemir, que presiento  
las nocturnas postreras heladas:  
las temidas del árbol enfermo.

¡Si supieras!... Blandones sombríos,  
me parecen tus ojos ¡tan negros!,  
y tu lívida faz taciturna  
un fatídico heraldo de duelo.

¡Si supieras!... A ratos me asaltan  
tus visiones sangrientas... No duermo  
al pensar, siempre alerta el oído,  
que te pasas la noche tosiendo...

Al pensar en tu vida deshecha,  
cuando miro esfumarse en mi ensueño  
tus nerviosos esguinces cansados,  
y moverse y cruzar tu esqueleto...

¡Hermanita: hace frío; ya es hora  
de los suaves calores del lecho,  
pero cambia la colcha: esa blanca  
me recuerda el ajuar de los muertos!

Frente a frente  
Anoche la enferma se fue de la vida,  
por fin libertada de todos sus males.  
Se fue sin angustias, como en un olvido,  
sonriendo en sus hondos momentos finales.

Las madres del barrio musitan plegarias,  
y, ahuyentando el sueño posible, la velan

con cara de luto, mientras las solícitas  
a los pobrecitos huérfanos consuelan...

La robusta moza de la otra buhardilla,  
dio a luz esta tarde. Contempla gozosa  
la flor de sus noches: ese diminuto  
amor, amasado con carne radiosa.

El marido, alegre, parece un chiquillo  
dueño del regalo que al fin le llegara,  
y, en un amplio fuerte gesto, para nuevas  
viriles conquistas los brazos prepara.

¡Inviolables Hembras! Las dos frente a frente.  
Irreconciliables las dos bienhechoras:  
derramando siempre sus oscuras larvas  
en el intangible vientre de las horas...

¡Qué triste está el cielo! ¡Cómo me contagia  
las últimas penas de la luz vencida!  
¡Canta, amada nuestra, la canción triunfante,  
la canción eterna de la eterna vida!

De invierno  
Frío y viento. Ya en la casa miserable,  
tiritando se durmió la viejecita,  
y en la pieza, abandonada como siempre,  
gime y tose, sin alivio, la enfermita.

¡Oh, qué noche! Se me antoja ver extraños  
rojos cirios en las calles solitarias...  
¡Con qué lúgubre sigilo van pasando  
las angustias, en sus rondas silenciarias!

Madre, hermana, prima, santas compasivas  
de las trágicas miserias sollozantes:  
¿qué será de los enfermos esta noche  
tan adusta, de presagios inquietantes?

¡Oh, las vidas, condenadas en el lecho  
al suplicio de las fiebres horrorosas!...  
¡Pobrecitos los pulmones que no llegan  
al dorado mes del sol y de las rosas!

Oh, la carne, que se va tan resignada  
que, soñando una esperanza, ya no espera!...  
¡Pobrecita la incurable que se muere  
suspirando por la dulce primavera!

¡Oh, las frías blancuras, las mortales,

de las novias peregrinas, que en su marcha  
al país de lo vedado se desposan  
con los tísicos donceles de la escarcha!...

#### Funerales báquicos

Ayer en la taberna, tristemente,  
un borracho, pontífice del vino,  
decía a otro borracho impenitente,  
bebiendo el primer vaso matutino:

-Yo llevo en mi interior un silencioso  
Genio o Poder que nunca me abandona:  
Enemigo ignorado y fastidioso  
que mis heridas de placer encona,  
volcando el agua fuerte  
del odio y del pesar. (Esa agua abunda  
en las foscas riberas de la Muerte  
y es en el riego del dolor fecunda).

Por eso mismo tengo indefinibles  
rebeldías de lucha delirante  
que sólo me hacen ver los imposibles  
donde cae el Esfuerzo a cada instante,  
torturado y vencido  
por la brutal Potencia que condena,  
diariamente, al espíritu caído  
a oír los soliloquios de la Pena.

Dominación fatal, conturbadora  
del gran Desconocido que me obliga  
a custodiar el Mal, hora tras hora,  
arrojando a la espalda la fatiga.

Y es esa tiranía la venganza  
de un fatídico monstruo cuya mano  
como un destino atroz siempre me alcanza.  
Pero pienso que en día no lejano

-cuando caiga debajo de la mesa  
para nunca jamás ya levantarme-,  
ese Genio que tiene mi alma presa  
resolverá, tal vez, por fin, dejarme.

Y entonces habré muerto. Bienvenida  
la eterna amada, la Libertadora,  
que al derramar el vino de la vida  
de mi vaso será la defensora.  
¡Del terrible licor, del más amargo,  
me llegarán las gotas como besos,  
y en el viaje postrer -¡tan rudo y largo!-

¡tendré un cordial para mis pobres huesos!

Entonces, se oirá un himno de alegría  
en todos los cenáculos viciosos,  
y en el altar de la bodega fría  
florecerán los pámpanos gloriosos,  
¡como una exuberante  
fiesta de las vendimias, festejada  
con la copa risueña y desbordante  
sobre el Hastío agobiador alzada!

Los viejos bebedores,  
musitarán resposos doloridos,  
en sus báquicos salmos gemidores,  
escuchando el sermón de los vencidos;  
y, taciturnos, llenos de unción, bajo  
la santidad de los recuerdos fieles,  
mojarán el hisopo de un andrajo  
en la sangre mortal de los toneles,  
para rociar mi caja  
con sus tenues esencias vaporosas,  
cuya embriaguez irá hasta mi mortaja  
cubierta de racimos y de rosas.

Después, urdiendo extraños sacrificios,  
muy quedo, acaso, seguirán mi entierro  
las brujas como en Sábados de oficios;  
¡y más tarde, por último, algún perro  
lunático, burlón o visionario,  
-feroz amante de las cosas bellas-  
desde un negro escondrijo solitario  
ladrará el epitafio a las estrellas!

## DÍA DE BRONCA

Compadre: Si no le he escrito,  
perdone... ¡Estoy reventao!  
Ando con un entripao  
que, de continuar, palpito  
que he de seguir derechito  
camino de Triunvirato;  
pues ya tengo para rato  
con esta suerte cochina:  
Hoy se me espantó la mina,  
¡y si viera con qué gato!

Sí, hermano, como le digo:  
¡Viese qué gato ranero!

mishio, roñoso, fulero,  
mal lancero y peor amigo.  
¡Si se me encoge el ombligo  
de pensar el trinquetazo,  
que me han dao! El bacanazo  
no vale ni una escupida,  
y lo que es ella, ¡en la vida  
me soñé este chivatazo!  
Mas, no hay como vivir mucho  
para conocerlas bien:  
no piense que de recién  
se le pegan al más ducho.  
Aunque uno lo crea un pucho,  
al contrario, el buen gavión  
no debe dar ocasión  
al adorno carneril...  
¡Nunca lo crea tan gil  
al que le arruina el buyón!

Yo los tengo junaos. ¡Viera  
lo que uno sabe de viejo!  
No hay como correr parejo  
para estar bien en carrera.  
Lo engrupen con la manquera,  
con que tal vez ni serán  
del pelotón, y se van  
en fija, de cualquier modo...  
ya no hay caso: ¡se la dan!

¡Pero tan luego a mi edá  
que me suceda esta cosa!  
Si es p'abrirse la piojosa  
de la bronca que me da.  
Porque es triste, a la verdá  
-el decirlo es necesario-  
que con el lindo prontuario  
que con tanto sacrificio  
he lograo en el servicio  
¡me hayan agarrao de otario!  
Y lo peor es que la cama  
la supieron preparar.  
¡De llegarlo a sospechar  
cómo les dejo el programa!  
Créame: pese a mi fama  
de vivo entré por el cuento...  
Cuando mangié el argumento  
no sé lo que me pasó:  
¡de la bronca que me dio,  
compadre, casi reviento!

Sí, me la dieron con queso...  
pero no importa, a la larga  
me han de pagar esta amarga  
situación por que atravieso.  
¡Ni qué hablar! lo que es para eso  
-se lo digo sin empacho-  
siempre me tuve por macho  
y ni una duda permito  
¡Ya verá qué dibujito  
les vi'hacer en el escracho!

Bueno: ¿que ésta es quejumbroma  
y escrita como sin gana?  
Échele la culpa al rana  
que me espantó la cartona.  
¡Tigrero de la madona,  
veremos cómo se hamaca,  
si es que el cuerpo no me saca  
cuando me toque la mía!  
¡Hasta luego!  
-¡Todavía  
tengo que afilar la faca!

## LA CANCIÓN DEL BARRIO

El camino de nuestra casa  
Nos eres familiar como una cosa  
que fuese nuestra, solamente nuestra;  
familiar en las calles, en los árboles  
que bordean la acera,  
en la alegría bulliciosa y loca  
de los muchachos, en las caras  
de los viejos amigos,  
en las historias íntimas que andan  
de boca en boca por el barrio  
y en la monotonía dolorida  
del quejoso organillo  
que tanto gusta oír nuestra vecina,  
la de los ojos tristes...

Te queremos  
con un cariño antiguo y silencioso,  
¡caminito de nuestra casa! ¡Vieras  
con qué cariño te queremos!

¡Todo  
lo que nos haces recordar!

Tus piedras

parece que guardasen en secreto  
el rumor de los pasos familiares  
que se apagaron hace tiempo... Aquéllos  
que ya no escucharemos a la hora  
habitual del regreso.

Caminito  
de nuestra casa, eres  
como un rostro querido  
que hubiéramos besado muchas veces:  
¡tanto te conocemos!

Todas las tardes, por la misma calle,  
miramos con mirar sereno  
la misma escena alegre o melancólica,  
la misma gente... ¡Y siempre la muchacha  
modesta y pensativa que hemos visto  
envejecer sin novio... resignada!  
De cuando en cuando, caras nuevas,  
desconocidas, serias o sonrientes,  
que nos miran pasar desde la puerta.  
Y aquellas otras que desaparecen  
poco a poco, en silencio,  
las que se van del barrio o de la vida,  
sin despedirse.

¡Oh, los vecinos  
que no nos darán más los buenos días!  
Pensar que alguna vez nosotros  
también por nuestro lado nos iremos,  
quién sabe dónde, silenciosamente  
como se fueron ellos...

"Mamboretá"

### I

Así la llaman todos los chicos de Palermo.  
Es la risa del barrio con su rostro feúcho  
y su andar azorado de animalito enfermo.  
Tiene apenas diez años, pero ha sufrido mucho...

Los domingos temprano, de regreso de misa  
la encuentran los muchachos vendedores de diarios,  
y en seguida comienza la jarana, la risa,  
y las zafaduras de los más perdularios.

Como cuando la gritan su apodo no responde,  
la corren, la rodean y: "Mamboretá, ¿en dónde  
está Dios?", la preguntan los muchachos traviesos.

Mamboretá suspira, y si es que alguno insiste:



-¿Dónde está Dios?, le mira mansamente con esos sus ojos pensativos de animalito triste.

## II

Una viuda sin hijos la sacó de la cuna,  
y alguien dice, con mucha razón, que lo hizo adrede,  
de bruja, de perversa no más, pues le da una  
vida tan arrastrada, que ni contar se puede.

Mamboretá trabaja desde por la mañana;  
sin embargo, no faltan quienes la llaman floja,  
la viuda, sobre todo, la trata de haragana,  
y si está con la luna de cuanto se le antoja:

- "La inútil, la abriboca, la horrible, la tolola..."  
Mamboretá no ha oído todavía una sola  
palabra de cariño. ¡Pobre Mamboretá!

Todo el mundo la grita, todos la manosean,  
y las mujeres mismas a veces la golpean...  
¡Ah, cómo se conoce que no tiene mamá!

La muchacha que siempre anda triste  
Así anda la pobre, desde la fecha  
en que, tan bruscamente, como es sabido,  
aquel mozo que fuera su prometido  
la abandonó con toda la ropa hecha.

Si bien muchos lo achacan a una locura  
del novio, que oponía sobrados peros...  
todavía se ignoran los verdaderos  
motivos admisibles de la ruptura.

Sin embargo, en los chismes, casi obligados,  
de los pocos momentos desocupados,  
una de las que cosen en el taller

dice -y esto lo afirma la propia abuela-,  
que desde que ella estuvo con la viruela,  
él, ni una vez siquiera, la ha vuelto a ver.

La francesita que hoy salió a tomar el sol  
Un poco paliducha y adelgazada,  
-¡estuvo tan enferma recientemente!-  
caminando de prisa por la asoleada  
vereda, va la rubia convaleciente

que, con rumbo a Palermo dobló hacia el Norte.  
¡Salud, la linda rubia: cara traviesa,  
gesto de ¡viva Francia!, y airoso el porte:

como que para eso nació francesa.

¿Será el desconocido que va delante  
o es la gracia burlona con que camina  
que ahuyentó aquel capricho sentimental?

¡Adiós los ojos tristes del estudiante  
que vio junto a la cama de su vecina  
en la tarde de un jueves del hospital!...

Como aquella otra  
Sí, vecina: te puedes dar la mano,  
esa mano que un día fuera hermosa,  
con aquella otra eterna silenciosa  
"que se cansara de aguardar en vano".

Tú también, como ella, acaso fuiste  
la bondadosa amante, la primera,  
de un estudiante pobre, aquel que era  
un poco chacotón y un poco triste.

O no faltó el muchacho periodista  
que allá en tus buenos tiempos de modista  
en ocios melancólicos te amó

y que una fría noche ya lejana,  
te dijo, como siempre: "Hasta mañana..."  
pero que no volvió.

En el café  
Desde hace una semana falta ese parroquiano  
que tiene una mirada tan llena de tristeza  
y, que todas las noches, sentado junto al piano  
bebe, invariablemente, su vaso de cerveza

y fuma su cigarro... Que silenciosamente  
contempla a la pianista que agota un repertorio  
plebeyo, agradeciendo con aire indiferente  
la admiración ruidosa del modesto auditorio.

Hace ya cinco noches que no ocupa su mesa,  
y en el café su ausencia se nota con sorpresa.  
¡Es raro, cinco noches... y sin aparecer!

Entre los habituales hay algún indiscreto  
que asegura a los otros, en tono de secreto,  
que hoy está la pianista más pálida que ayer.

Mambrú se fue a la guerra  
"Mambrú se fue a la guerra..." ¡Vamos, linda vecina!

¿Con su ronga catonga los chicos de la acera  
te harán llorar, ahora? No seas sensiblera  
y piensa que esta noche de verano es divina

y hay luna, mucha luna. ¡Todo por esa racha  
de recuerdos que llevan sin traer al causante!  
¡Todo por el veleta que fue novio o amante  
allá, en tus más lejanas locuras de muchacha!

Que nunca en tantos años se te oyera una queja  
y te aflijas ahora, cuando eres casi vieja,  
por quien, al fin y al cabo, ¿dónde está, si es que está?

Seamos muchachitos... Empecemos el canto  
sin que te ponga fea, como hace poco, el llanto:  
"¡Mambrú se fue a la guerra, Mambrú no volverá!"

Otro chisme  
¿Ahora el otro?... Bueno, a ese paso  
se han de contagiar todos, entonces. ¡Vaya  
con la manía! Porque es el caso  
que no transcurre un solo día sin que haya  
sus novedades...

Nadie ha sabido  
sacarle las palabras... ¡Es ocurrencia:  
servir de burla a cuanto mal entendido  
hay en Palermo!... ¡Si da impaciencia  
verlo! La causa, de cualquier modo,  
no ha de ser para tanto:  
pasarse horas enteras... y, sobre todo,  
¡siempre con esa cara de Viernes Santo!...  
Pues ¡lo que son las cosas!, precisamente,  
desde que aquella moza, que se reía  
de su facha, muriera tan de repente,  
anda así el hombre. ¡Bien lo decía  
uno de sus amigos!

Medio enterado  
de tal asunto, existe quien asegura  
que noche a noche vuelve tomado.  
No tiene compostura...  
¡Pobre! Ni loco  
que estuviese... Por algo ya no se puede  
aconsejarle que cambie un poco...  
¡Es indudable que lo hace adrede!  
De ninguna manera piensa enmendarse:  
no quiere escuchar nada...  
Y, aunque era de esperarse,  
como con su conducta desarreglada

está hecho un perdido,  
a quien poco le importa del qué dirán...  
a fin de cuentas, ha conseguido  
que lo echen del trabajo por haragán.

Lo que dicen los vecinos  
¡Bendito sea! Tan luego ahora  
mostrarse adusta. ¡Quién lo diría:  
ella que siempre conversadora  
llenaba el patio con su alegría!  
Es increíble lo que les cuesta  
hacer que escuche si le hablan de esto;  
ruegan, la apuran, y no contesta  
ni una palabra: ¡les pone un gesto!  
Y en cuanto insisten se les resiente.  
Muchos la encuentran desconocida,  
y -¡da una pena!- continuamente  
la van notando más retraída  
como si todo la incomodara.  
Ya no es ni sombra de lo que fuera  
en otros tiempos. ¡Qué cosa rara  
que haya cambiado de tal manera!  
¡Anda de triste! Y es bien sabido,  
cualquier zoncera la vuelve idiota.  
En pocos meses ha enflaquecido  
tanto la pobre...

Por caprichosa  
le pasa eso. Nadie la aguanta...  
Los de la casa se hallan perplejos:  
¡verla así desde que se levanta!  
Esta mañana, sin ir más lejos,  
como asaltada por una viva  
duda que acaso fue pasajera,  
¡la han sorprendido tan pensativa  
en el descanso de la escalera!...

La enferma que trajeron anoche  
La enferma abrió los ojos cuando la hermana,  
que aún no ha descansado ni un solo instante,  
decía sus temores al practicante  
que pasa la visita de la mañana.

Desde que la trajeron ha rechazado  
sin contestar palabra, todo remedio,  
y por más que se hizo no hubo medio  
de vencer un mutismo tan obstinado.

Y ahora, en la pesada semi-inconsciencia  
del último momento, su indiferencia  
silenciosa parece ceder, por fin,

pero en los labios secos y en la mirada  
sólo tiene un reproche de abandonada  
para las compañeras del cafetín.

El ensueño

Porque después del golpe vino la airada  
retahíla de insultos con que la veja,  
ella tornó a callarse, sin una queja,  
ya a las frases más torpes acostumbrada.

Y por fin, en el lecho cayó, cansada,  
conteniendo esa horrible tos que no ceja  
y de nuevo a la boca sube y le deja  
el sabor de su enferma sangre afiebrada.

Y mientras el padre, grita, brutal, borracho  
como siempre que vuelve de la cantina,  
ella piensa en el dulce sueño irreal

que soñara al recuerdo de aquel muchacho  
que vio junto a la cama de su vecina  
de la tarde de un jueves del hospital.

El hombre que tiene un secreto  
Algunos se hacen malas suposiciones  
cada vez que el pobre hombre dobla la esquina  
y franquea la puerta de la cantina,  
donde busca el silencio de los rincones.

Eco de las diversas murmuraciones  
de los más insidiosos, una vecina  
dice que nunca dejan de darle espina  
esas muy sospechosas ocultaciones.

Hoy -y esto es explicable- la buena gente  
se halla un tanto intrigada, pues casualmente  
hace cinco minutos, al regresar

de la calle, cumplido cierto mandato,  
el hijo de la viuda que vive al lado  
acodado en la mesa lo vio llorar.

El silencioso que va a la trastienda  
Francamente, es huraña la actitud de este obrero  
que, de la alegre rueda casi siempre apartado,  
se pasa así las horas muertas, con el sombrero  
sobre la pensativa frente medio inclinado.

Sin asegurar nada, dice el almacenero

que, por momentos, muchas veces le ha preocupado  
ver con qué aire tan raro se queda el compañero  
contemplando la copa que apenas ha probado.

Como a las indirectas se hace el desentendido,  
el otro día el mozo, que es un entrometido,  
y de lo más cargoso que se pueda pedir,

se acercó a preguntarle no sabe qué zoncera  
y le clavó los ojos, pero de una manera  
que tuvo que alejarse sin volver a insistir.

El suicidio de esta mañana  
En medio del gentío ya no hay quien pueda  
pasar, pues andan sueltos los pisotones  
que han promovido algunas serias cuestiones  
entre los ocupantes de la vereda.

En la puerta, un travieso chico remeda  
la jerga de un vecino que a manotones  
logró llegar al grupo de los mirones  
que, una vez en el patio, formaran rueda.

Una buena comadre, casi afligida,  
cuenta a una costurera muy vivaracha  
que, a estar a lo que dicen, era el suicida

un borracho perdido, -según oyó-  
el marido de aquella pobre muchacha  
que a fines de este otoño lo abandonó.

El casamiento  
Como nada consigue siendo prudente,  
del montón de curiosos que han hecho rueda  
esperando a los novios, vuelve el agente  
a disolver los grupos de la vereda.

Que después del desorden que hace un momento  
se produjo, interviene de rato en rato:  
cada cinco minutos cae el sargento  
y, con razón, no quiere pagar el pato...

En la acera de enfrente varias chismosas  
que se hallan al tanto de lo que pasa,  
aseguran que para ver ciertas cosas  
mucho mejor sería quedarse en casa.

Alejadas del cara de presidiario  
que sugiere torpezas, unas vecinas  
pretenden que ese sucio vocabulario

no debieran oírlo las chiquilinas.

Aunque -tal acontece- todo es posible,  
sacando consecuencias poco oportunas,  
lamenta una insidiosa la incomprensible  
suerte que, por desgracia, tienen algunas...

Y no es el primer caso... Si bien le extraña  
que haya salido un zonzo... pues en enero  
del año que transcurre, si no se engaña,  
dio que hablar con el hijo del carnicero.

Con los coches que asoman, la gritería  
de los muchachos dicen las intenciones  
del común movimiento de simpatía  
traducido en ruidosas demostraciones.

Una vez dentro, es claro, no se comenta  
sino la ceremonia muy festejada,  
bien que por otra parte les impacienta  
el reciente bochinche de la llegada.

Como los retardados no han sido tantos  
y sobran bailarines en ese instante,  
se va a empezar la cosa, salvo unos cuantos,  
que se reservan para más adelante.

El tío de la novia, que se ha creído  
obligado a fijarse si el baile toma  
buen carácter, afirma, medio ofendido,  
que no se admiten cortes, ni aun en broma.

-Que, la modestia a un lado, no se la pega  
ninguno de esos vivos... seguramente.  
La casa será pobre, nadie lo niega:  
todo lo que se quiera, pero decente-.

Y continuando, entonces, del mismo modo  
prohíbe formalmente los apretones:  
compromisos, historias y, sobre todo,  
conversar sin testigos en los rincones.

La polka de la silla dará motivo  
a serios incidentes, nada improbables:  
nunca falta un rechazo despreciativo  
que acarrea disgustos irremediables.

Ahora, casualmente, se ha levantado  
indignada la prima del guitarrero,  
por el doble sentido, mal arreglado,

del piropo guarango del compañero.

La discusión acaba con las violentas  
porfías del padrino, que se resiste  
a las observaciones de las parientas  
que le impiden que haga papel tan triste...

El vigilante amigo, que en la parada  
cumpliendo la consigna diaria se aburre,  
dice que de regreso de una llamada  
vino a echar su vistazo, por si algo ocurre...

Como es inexplicable que se permitan  
horrores que no deben ser achacados  
a los íntimos, varios padres le invitan  
a proceder en forma con los colados.

En el comedor, donde se bebe a gusto,  
casi lamenta el novio que no se pueda  
correr la de costumbre... pues, y esto es justo,  
la familia le pide que no se exceda.

Y lo que es él, ahora tiene derecho  
a desdeñar, sin duda, las perrerías  
de aquellos envidiosos, cuyo despecho  
fuera causa de tales habladurías...

Respecto de aquel otro desengañado,  
-es opinión de muchos- en verdad cabe  
suponer que, si es cierto que anda tomado,  
comete una locura de las que él sabe.

La madrina, a quien eso no le parece  
sino una soberana maldad, se encarga  
de chantarle unas frescas, según merece  
ese desocupado tan lengua larga...

Entre los invitados, una comadre  
narra cómo ha podido venirse sola:  
¡se le antojó a su chico seguir al padre  
a traer la familia de don Nicola!

...¿Su cuñada? ¡Qué cambio! Parece cuento,  
siempre encuentra disculpas, y hasta le ruega  
no insistir, pretextando su retraimiento  
desde que la hermanita se quedó ciega.

Las mujeres distraen, de cuando en cuando,  
a la vieja que anoche, no más, reía  
fingiéndose conforme pero dudando:



-...al fin era la ayuda que ella tenía-

La afligen los apuros. Llora, temiendo  
las estrecheces de antes, ¡y con qué pena!  
piensa en el hijo ausente que está cumpliendo  
los tres años, tan largos, de su condena...

La crítica se muestra muy indulgente:  
-Las personas han sido mejor tratadas  
que otras veces, sintiendo, naturalmente,  
que hayan habido algunas bromas pesadas...

En cuanto a las muchachas ¡con unos aires!  
como si trabajasen de señoritas...  
¡Han dejado la fama de sus desaires  
llenas de pretensiones las pobrecitas!

Sin entrar en detalles sobre el odioso  
golpe de circunstancias, alguien se queja  
preguntando a los hombres quién fue el gracioso  
que se llevó a los novios de la bandeja.

En el patio, dos mozos arman cuestiones,  
y sin ninguna clase de miramientos  
se dirigen airadas reconvenciones,  
resabios de distantes resentimientos...

Como el guapo es amigo de evitar toda  
provocación que aleje la concurrencia,  
ha ordenado que apenas les sirvan soda  
a los que ya borrachos buscan pendencia.

Y, previendo la bronca, después del gesto  
único en él, declara que aunque le cueste  
ir de nuevo a la cárcel, se halla dispuesto  
a darle un par de hachazos al que proteste...

Y en medio del bullicio, que pronto cesa,  
las guitarras anuncian estar cercano  
el aguardado instante de la sorpresa  
preparada en secreto desde temprano...

Que, deseosos de aplausos y de medirse  
de nuevo, recordando sus anteriores  
tenaces contrapuntos sin definirse,  
van a verse las caras dos payadores.

El velorio  
Como ya en el barrio corrió la noticia,  
algunos vecinos llegan consternados,

diciendo en voz baja toda la injusticia  
que amarga la suerte de los desdichados...

A principios de año, repentinamente  
murió el mayorcito... ¡Si es para asustarse:  
apenas lo entierran, cuando fatalmente  
la misma desgracia vuelve a presentarse!

En medio del cuadro de caras llorosas  
que llena el ambiente de recogimiento,  
el padre recibe las frases piadosas  
con que lo acompañan en el sentimiento...

Los íntimos quieren llevárselo afuera,  
pues presienten una decisión sombría  
en su mirar fijo: de cualquier manera  
con desesperarse nada sacaría...

Porque hay que ser hombre, cede a las instancias  
de los allegados, que fingen el gesto  
de cansancio propio de las circunstancias:  
-Paciencia, por algo Dios lo habrá dispuesto.

La forma expresiva de las condolencias  
narra lo sincero de las aflicciones,  
que recién en estas duras emergencias  
se aprecian las pocas buenas relaciones.

Entre los amigos que han ido a excusarse,  
uno que otro padre de familia pasa  
a cumplir, sintiendo no poder quedarse:  
-¡...ellos también tienen enfermos en casa!

Encuentran el golpe realmente sensible,  
aunque irreparable, saben que sus puestos  
están allí, pero... les es imposible...  
al fin crían hijos y se hallan expuestos...

Como habla del duelo todo el conventillo,  
vienen comentarios desde la cocina,  
mientras el teclado de un ronco organillo  
más ronco y más grave solloza en la esquina.

Las muchas vecinas que desde temprano  
fueron a brindarse, siempre cumplidoras,  
están asombradas... ¡El era bien sano,  
y en tan corto tiempo: cuarenta y ocho horas!

¡Parece mentira! ¡Pobre finadito!...  
Nunca, jamás daba que hacer a la gente:

¡había que verlo, ya tan hombrecito,  
tan fino en sus modos y tan obediente!

La angustiada madre, que llorando apura  
el cáliz que el justo Señor le depara,  
muestra a las visitas la vieja figura  
con que la noche antes él aún jugara.

Y, afanosamente, buscando al acaso,  
halla entre las vueltas de una serpentina  
aquel desteñado traje de payaso  
que le regalase su santa madrina.

Y la rubia imagen a la cual rezaba  
truncas devociones de rezos tardíos,  
¡ah, qué unción la suya, cuando comenzaba:  
"Jesús Nazareno, rey de los judíos"!...

Como esas benditas cosas no la dejan,  
y ella torna al mismo fúnebre relato  
y va siendo tarde, todas la aconsejan  
cariñosamente recostarse un rato.

Muchas de las que hace tiempo permanecen  
con ella, se marchan, pues no les permite  
quedarse la hora, pero antes se ofrecen  
para algo de apuro que se necesite...

Las de "compromiso" van abandonando  
silenciosamente la pieza mortuoria:  
sólo las parientes se aguardan, orando  
por el angelito que sube a la Gloria.

La crédula hermana se acerca en puntillas,  
a ver, nuevamente, "...si ya está despierto...",  
y le llama y pone sus frescas mejillas  
sobre la carita apacible del muerto.

En el otro cuarto se tocan asuntos  
de interés notorio: programas navales,  
cuestiones, alarmas, crisis y presuntos  
casos de conflictos internacionales.

Mientras corre el mate, se insinúan datos  
sobre las carreras y las elecciones,  
y "la fija, al freno", de los candidatos  
es causa de algunas serias discusiones.

Como no es posible que en esos instantes,  
y habiendo muchachas, puedan sostenerse

sin ningún motivo temas semejantes,  
los juegos de prendas van a proponerse.

Varios se retiran como pesarosos  
de no acompañarlos: no hay otro remedio,  
quizás esperasen, sin duda gustosos,  
si fuerzas mayores que están de por medio...

Y, al dejar al padre menos afligido,  
a las susurradas frases de la breve  
triste despedida, sigue el convenido  
casi misterioso: -"Mañana a las nueve"...

Has vuelto  
Has vuelto, organillo. En la acera  
hay risas. Has vuelto llorón y cansado  
como antes.

El ciego te espera  
las más de las noches sentado  
a la puerta. Calla y escucha. Borrosas  
memorias de cosas lejanas  
evoca en silencio, de cosas  
de cuando sus ojos tenían mañanas,  
de cuando era joven... la novia... ¡quién sabe!  
Alegrías, penas,  
vividitas en horas distantes. ¡Qué suave  
se le pone el rostro cada vez que sueñas  
algún aire antiguo! ¡Recuerda y suspira!  
Has vuelto, organillo. La gente  
modesta te mira  
pasar, melancólicamente.  
Pianito que cruzas la calle cansado  
moliendo el eterno  
familiar motivo que el año pasado  
gemía a la luna de invierno:  
con tu voz gangosa dirás en la esquina  
la canción ingenua, la de siempre, acaso  
esa preferida de nuestra vecina  
la costurerita que dio aquel mal paso.  
Y luego de un valse te irás como una  
tristeza que cruza la calle desierta,  
y habrá quien se quede mirando la luna  
desde alguna puerta.

¡Adiós alma nuestra! parece  
que dicen las gentes en cuanto te alejas.  
¡Pianito del dulce motivo que mece  
memorias queridas y viejas!  
Anoche, después que te fuiste,  
cuando todo el barrio volvía al sosiego

-qué triste-  
lloraban los ojos del ciego.

## LA COSTURERITA QUE DIO AQUEL MAL PASO

La que hoy pasó muy agitada  
¡Qué tarde regresas!... ¿Serán las benditas  
locuaces amigas que te han detenido?  
¡Vas tan agitada!... ¿Te habrán sorprendido  
dejando, hace un rato, la casa de citas?

¡Adiós, morochita!... Ya verás, muchacha,  
cuando andes en todas las charlas caseras:  
sospecho las risas de tus compañeras  
diciendo que pronto mostraste la hilacha...

Y si esto ha ocurrido, que en verdad no es poco,  
si diste el mal paso, si no me equivoco,  
y encontré el secreto de esa agitación...

¿quién sabrá si llevas en este momento  
una duda amarga sobre el pensamiento  
y un ensueño muerto sobre el corazón?

¿No te veremos más?  
...¿Conque estás decidida? ¿No te detiene nada?  
¿Ni siquiera el anuncio de este presentimiento?  
¡No puedes negar que eres una desamorada:  
te vas así, tranquila, sin un remordimiento!

¡Has sido tanto tiempo nuestra hermanita! Mira  
si no te desearemos un buen viaje y mejor suerte,  
...tu decisión de anoche la creíamos mentira:  
¡qué tan acostumbrados estábamos a verte!

Nos quedaremos solos. ¡Y cómo quedaremos!...  
Demás fuera decirte cuánto te extrañaremos:  
y tú, también, ¿es cierto que nos extrañarás?

¡Pensar que entre nosotros ya no estarás mañana!  
Caperucita roja que fuiste nuestra hermana,  
Caperucita roja, ¿no te veremos más?

La inquietud  
Les tiene preocupados y triste la tardanza  
de la hermana. Los niños no juegan con el gato,  
ni recuerdan ahora lo de la adivinanza  
que propusiera alguno, para pasar el rato.

De vez en cuando, el padre mira el reloj. Parecen más largos los minutos. Una palabra dura... no acaba. Las muchachas, que cosen, permanecen calladas, con los ojos fijos en la costura.

Las diez, y aún no vuelve. Ya ninguno desecha, como al principio, aquella dolorosa sospecha... El padre, que ha olvidado la lectura empezada,

enciende otro cigarro... Cansados de esperar los niños se levantan, y sin preguntar nada dicen las buenas noches y se van a acostar.

La costurerita que dio aquel mal paso  
La costurerita que dio aquel mal paso...  
-y lo peor de todo, sin necesidad-  
con el sinvergüenza que no la hizo caso después... -según dicen en la vecindad-

se fue hace dos días. Ya no era posible fingir por más tiempo. Daba compasión verla aguantar esa maldad insufrible de las compañeras, ¡tan sin corazón!

Aunque a nada llevan las conversaciones, en el barrio corren mil suposiciones y hasta en algo grave se llega a creer.

¡Qué cara tenía la costurerita, qué ojos más extraños, esa tardecita que dejó la casa para no volver!...

Cuando llega el viejo  
Todos están callados ahora. El desaliento que repentinamente siguiera al comentario de esa duda, persiste como un presentimiento. El hermano recorre las noticias del diario

que está sobre la mesa. La abuela se ha dormido y los demás aguardan con el oído alerta a los ruidos de afuera, y apenas se oye un ruido las miradas ansiosas se clavan en la puerta.

El silencio se vuelve cada vez más molesto: una frase que empieza se traduce en un gesto de impaciencia. ¡La espina de esa preocupación!...

Y cuando llega el viejo, que salió hace un instante, todas las miradas fijas en su semblante hay una temerosa, larga interrogación.

Caperucita roja que se nos fue  
¡Ah, si volvieras!... ¡Cómo te extrañan mis hermanos!  
La casa es un desquicio: ya no está la hacendosa  
muchacha de otros tiempos. ¡Eras la habilidosa  
que todo lo sabías hacer con esas manos...!

El menor de los chicos, pobrecito, te llama  
recordándote siempre lo que le prometieras,  
para que les des algo... Y a veces -¡si lo oyeras!-  
para que como entonces le prepares la cama.

¡Como entonces! ¿Entiendes? ¡Ah, desde que te fuiste,  
en la casita nuestra todo el mundo anda triste!,  
y temo que los viejos se enfermen, ¡pobres viejos!

Mi madre disimula, pero a escondidas llora  
con el supersticioso temor de verte lejos...  
Caperucita roja, ¿dónde estás ahora?

Aquella vez que vino tu recuerdo  
La mesa estaba alegre como nunca.  
Bebíamos el té: mamá reía  
recordando, entre otros,  
no se qué antiguo chisme de familia;  
una de nuestras primas comentaba  
-recordando con gracia los modales,  
de un testigo irritado- el incidente  
que presencié en la calle;  
los niños se empeñaban, chacoteando,  
en continuar el juego interrumpido,  
y los demás hablábamos de todas  
las cosas de que se habla con cariño.  
Estábamos así contentos, cuando  
alguno te nombró, y el doloroso  
silencio que de pronto ahogó las risas,  
con pesadez de plomo,  
persistió largo rato. Lo recuerdo  
cómo si fuera ahora: nos quedamos  
mudos, fríos. Pasaban los minutos,  
pasaban y seguíamos callados.

Nadie decía nada pero todos  
pensábamos lo mismo. Como siempre  
que la conmueve una emoción penosa,  
mamá disimulaba ingenuamente  
queriendo aparecer tranquila. ¡Pobre!

¡Bien que la conocemos!... Las muchachas  
fingían ocuparse del vestido

que una de ellas llevaba;  
los niños, asombrados de un silencio  
tan extraño, salían de la pieza.  
Y los demás seguíamos callados  
sin mirarnos siquiera.

Por ella  
...¡Déjala, prima! Deja que suspire  
la tía: ella también tiene su pena,  
y ríe alguna vez, siquiera, ¡Mira  
que no te ríes hace tiempo!

Suena  
de improviso tu risa alegre y sana  
en la paz de la casa silenciosa  
y es como si se abriese una ventana  
para que entrase el sol.

¡Tu contagiosa  
alegría de antes! La de entonces, esa  
de cuando eras comunicativa  
como una hermana buena que regresa  
después de un large viaje.

¡La expansiva  
alegría de antes! Se la siente  
sólo de tiempo en tiempo, en el sereno  
olvidar de las cosas...

¡Ah, la ausente!  
Con ella se nos fue todo lo bueno.  
Tú lo dijiste, prima, lo dijiste...  
Por ella son estos silencios malos,  
por ella todo el mundo anda así, triste,  
con una pena igual, sin intervalos  
bulliciosos. El patio sin rumores,  
nosotros sin saber lo que nos pasa  
y sus cartas muy breves y sin flores...  
¿Qué se habrá hecho de la risa, en casa?

¿Qué será de ti?  
¿Qué será de ti? ¡Hace tanto  
que te fuiste! Ya ni sé  
cuánto tiempo.

¿De nosotros  
te acuerdas alguna vez?  
¿Verdad que sí? Tu cariño  
de lejos nos seguirá...  
Lejos de nosotros, ¡pobre,  
qué sola te sentirás!



Si se habla de tí, en seguida  
pensamos: ¿será feliz?  
Y a veces te recordamos  
con un vago asombro: así  
como si estuvieras muerta.  
¿Después de aquel largo adiós,  
ahora que no eres nuestra,  
quién escuchará tu voz?  
Madrecita, hermana, dulce  
hermana que se nos fue,  
hermanita buena, ¿cuándo  
to volveremos a ver?

Por la ausente  
Fuma de nuevo el viejo su trabajosa  
pipa y la madre escucha con indulgencia  
el sabido proceso de la dolencia  
que aflige a una pariente poco animosa.

El muchacho concluye la fastidiosa  
composición, que sobre la negligencia  
en la escuela le dieron de penitencia,  
por haber olvidado no sé qué cosa...

Y en el hondo silencio que de repente  
como una obsesión mala llena el ambiente,  
muy quedo la hermanita va a comenzar

la oración, noche a noche tartamudeada,  
por aquella perdida, desamorada,  
que hace ya cinco meses dejó el hogar.

La vuelta de Caperucita  
Entra sin miedo, hermana: no te diremos nada.  
¡Qué cambiado está todo, qué cambiado! ¿No es cierto?  
¡Si supieras la vida que llevamos pasada!  
Mamá ha caído enferma y el pobre viejo ha muerto...

Los menores te extrañan todavía, y los otros  
verán en ti la herrmana perdida que regresa:  
puedes quedarte, siempre tendrás entre nosotros,  
con el cariño de antes, un lugar en la mesa.

Quédate con nosotros. Sufres y vienes pobre.  
Ni un reproche te haremos: ni una palabra sobre  
el oculto motivo de tu distanciamiento;

ya demasiado sabes cuánto te hemos querido:  
aquel día, ¿recuerdas? tuve un presentimiento...  
¡Si no te hubieras ido!...

## INTIMAS

### Aquella vez en el lago

La góndola volvía. Frente a frente  
estábamos, en esa inolvidable  
vieja tarde de otoño, purpurada  
por la sangre del sol en el poniente.

Y porque te mostrabas displicente  
a tu mismo abandono abandonada,  
se me antojó decir, sin decir nada,  
lo que quiero ocultar inútilmente.

Callaste, y como al agitar el rico  
blasonado marfil de tu abanico  
hubo una muda negación sencilla

en la leve ironía de tu boca,  
yo me quedé pensando en una loca  
degollación de cisnes en la orilla.

### Una sorpresa

Hoy recibí tu carta. La he leído  
con asombro, pues dices que regresas,  
y aún de la sorpresa no he salido...  
¡Hace tanto que vivo sin sorpresas!

"Que por fin vas a verme... que tan larga  
fue la separación..." Te lo aconsejo,  
no vengas, sufrirías una amarga  
desilusión: me encontrarías viejo.

Y como un viejo, ahora, me he llamado  
a quietud, y a excepción -¡siempre el pasado!-  
de uno que otro recuerdo que en la frente

me pone alguna arruga de tristeza,  
no me puedo quejar: tranquilamente  
fumo mi pipa y bebo mi cerveza.

Como en los buenos tiempos  
A veces, miro un poco entristecido  
la fiel evocación de ese retrato  
donde estás viva, aunque hace mucho rato,  
digo bien, mucho rato que te has ido.

¡Y apenas la impresión que nada deja!  
Tal vez he preferido más perderte  
que haber seguido amándote, hasta verte  
con la vergüenza de sentirte vieja.

Y, sin embargo, acaso mentiría,  
si quisiera decir que todavía  
no he cesado de oírte junto al piano

que nadie ha vuelto a abrir, como en ninguna  
emoción de aquel tiempo tan lejano  
cuando aún eras prima de la luna.

### ¿Recuerdas?

Las rosas del balcón eran celosas  
novias bajo el agravio de la fina  
ironía falaz de una vecina  
que se ponía a reír de ciertas cosas.

Tu perdón desdeñoso fue a las rosas  
y tus labios a mí. La muselina  
de la suave penumbra vespertina  
te envolvió en no sé qué ansias misteriosas.

Dijo el piano motivos pasionales,  
al temblar tus magnolias pectorales  
con miel de invitaciones al pecado

de tu posible ruego incomprendido  
terminó la canción con un gemido  
de alondra torturada en el teclado.

La música lejana que nos llega  
Accede, te lo ruego así... Dejemos,  
mientras se enfría el té que has preparado,  
de leer el capítulo empezado:  
amada, cierra el libro y escuchemos...

Y calla, por favor... Guarda tus finas  
burlas: ten la vergüenza, no imposible,  
de que tu dulce voz halle insensible,  
rebelde el corazón que aún dominas.

¿Ves? Llega como un breve pensamiento  
que pone en fuga el arrepentimiento...  
Bebe toda la onda, hermana mía,

no dejes en la copa nada, nada...  
Emborráchate, amada:  
la música es el vino hecho armonía.

### **Conversando**

El libro sin abrir y el vaso lleno,  
-con esto, para mí, nada hay ausente-.  
Podemos conversar tranquilamente:  
la excelencia del vino me hace bueno.

Hermano, ya lo ves, ni una exigencia  
me reprocha la vida... así me agrada;  
de lo demás no quiero saber nada...  
Practico una virtud: la indiferencia.

Me disgusta tener preocupaciones  
que hayan de conmovirme. En mis rincones  
vivo la vida a la manera eximia

del que es feliz, porque en verdad te digo:  
la esposa del señor de la vendimia  
se ha fugado conmigo...

Cuando hace mal tiempo  
Mientras dice la lluvia en los cristales  
sus largas letanías fastidiosas,  
me aduerto en las blanduras deliciosas  
de las tibias perezas invernales.

El humo del cigarro en espirales  
me finge perspectivas caprichosas,  
y en la nube azulada van las cosas  
insinuando contornos irreales.

¡Qué bueno es el diván en estas frías  
tardes, fatales de monotonías!...  
¡Qué bien se siente uno, así, estirado

con una pesadez sensual!... ¡Quisiera  
no moverme de aquí! ¡Si se pudiera  
vivir eternamente amodorrado!

### **De sobremesa**

Anoche, terminada ya la cena  
y mientras saboreaba el café amargo,  
me puse a meditar un largo rato:

el alma como nunca de serena.

Bien lo sé que la copa no está llena  
de todo lo mejor, y, sin embargo,  
por pereza, quizás, ni un solo cargo  
le hago a la suerte, que no ha sido buena...

Pero, como por una virtud rara  
no le muestro a la vida mala cara  
ni en las horas que son más fastidiosas,

nunca nadie podrá tener derecho  
a exigirme una mueca... ¡Tantas cosas  
se pueden ocultar bien en el pecho!

## ENVÍOS

### **Sarmiento**

Una luz familiar; una sencilla  
bondadosa verdad en el sendero;  
un estoico fervor de misionero  
que traía por biblia una cartilla.

Cuando en la hora aciaga, en el oscuro  
ámbito de la sangre, su mirada  
de inefable visión fue deslumbrada  
y levantó su voz, a su conjuro,

en medio de las trágicas derrotas  
y entre un sordo rumor de lanzas rotas,  
sobre las pampas, sobre el suelo herido,

se hizo cada vez menos profundo  
el salvaje ulular, el alarido  
de las épicas hordas de Facundo.

### **Canillita**

*En la muerte de Florencio Sánchez*

¡Siempre el mismo!... Ingrato... ¿Te parece poco  
que jamás volvamos a encontrar tus huellas?  
Sí, nunca hallaremos romero más loco...  
¡Qué cosas las tuyas! ¡Irte a las estrellas!...

No mereces casi que así te lloremos...  
¡Irte a las estrellas! ¡Adiós, Canillita!

Siempre, siempre, ¿sabes?, te reprocharemos  
que hayas dejado tan sola a Catita.

¡Por ella, su pobre pajarito bueno,  
bésale en los ojos, Jesús Nazareno  
que estás en la cruz!

¡Por ella que ahora se queda más triste  
que todos los tristes que en el mundo viste,  
ciérrale los negros ojazos sin luz!

### Vulgar sinfonía

*A Doña Leonor Acevedo de Borges*

Como las extraordinarias  
pero irreales doncellas  
que vieron en las estrellas  
las hostias imaginarias  
de sus noches visionarias,  
así tus blancas patenas  
quedarán tan sólo llenas  
de tu gesto de mujer,  
porque hoy no podría hacer  
de segador de azucenas.

Y bien puedo adivinar  
-pese a una amable indulgencia-  
bajo tu leve elocuencia,  
que, en la décima vulgar  
que aquí me atrevo a dejar,  
tu gentil alma de Francia  
no ha de aplaudir la arrogancia  
de diez bravos caballeros  
que conversan prisioneros  
en una lírica estancia.

Pero si no hay madrigal  
de antigua delicadeza,  
sobre mi pobre rudeza  
tengo una rosa augural:  
-que ya es flor espiritual  
pues son mis votos ahora,  
que eternamente, señora,  
vivas la olímpica gesta  
del ensueño, de la fiesta,  
de los lirios, de la aurora.

Y que tu hijo, el niño aquel  
de tu orgullo, que ya empieza

a sentir en la cabeza  
breves ansias de laurel,  
vaya, siguiendo la fiel  
ala de la ensoñación,  
de una nueva anunciación  
a continuar la vendimia  
que dará la uva eximia  
del vino de la Canción.

### **A carcavallo**

*En su noche*

Porque esta hora todos la vivimos contigo,  
y es propicia la noche y el ambiente es cordial,  
vaya el trovar, gustado en el rincón amigo,  
con un antiguo y vago sabor sentimental.

Por los que todavía creen un poco en la Luna,  
por los que riman una canción de juventud,  
por las damas que escuchan, suaves como en alguna  
primavera de versos, ¡compañero, salud!

Salud, por esta hora que vivimos contigo,  
salud, porque al conjuro del verso que te digo  
realicen su serena gloriosa comunión,

la Amistad y la Lira, la gracia femenina,  
un puñado de rosas de la tierra argentina  
y una copa del rojo vino del corazón.

### LEYENDO A DUMAS

*(Fragmento)*

-Ya es hora, prima: las nueve.  
Empieza, pues, la lectura.  
Ruge el viento afuera: llueve,  
y el viejo caño murmura  
un son constipado... un son...  
Empieza ya, que la abuela  
te ha prometido atención.  
Abre la dulce novela  
donde tanta bella historia  
nos cuenta el novelador,  
que cuando uno hace memoria  
no sabe cuál es mejor:  
El embozado que ama

a una que no conoce  
y a quien dio cita la dama  
cerca del Louvre, a las doce.  
La cena de la hostería...  
la hora... la callejuela...  
¡Medrada la fantasía  
y vacía la escarcela!  
Cadetes, guardias, tizonas,  
siempre en trances de estocadas  
y venga oír las gasconas  
ingenuas baladronadas.  
Intrigas de cortesanos;  
fastuosos, regios festines...  
¡Qué altivos, qué soberanos  
van los bravos paladines  
pasando con sus sombreros  
de multicolores plumas!  
¡Ay, prima, los caballeros  
amados del viejo Dumas!  
Brunos los del Mediodía,  
rubios los del Septentrión:  
quién viene de Picardía  
y quién del país bretón.  
Hidalguelos, segundones,  
bolsa ruin y noble cuna...  
Mienten bien los fanfarrones  
lances de amor y fortuna.  
¡Y es de ver! En el apuesto  
continente, ¡qué jactancia!  
Luce empenachado el gesto  
de los soldados de Francia.  
¡Qué de contar cosas bellas  
en el patio del mesón,  
frente a unas cuantas botellas  
del buen vino borgoñón!  
¡Vino de Borgoña, sabio  
vino que torna sutil  
el ingenio, cuando el labio  
dice una razón gentil;  
vino de Borgoña, vino  
que si se bebe una vez  
nos deja como un divino  
recuerdo de su embriaguez!  
.....

Abre la novela, amiga.  
Nosotros te escucharemos:  
Sabes que no nos fatiga  
oír tu voz. Continuemos  
el capítulo empezado



anoche, ese donde va  
casi al fin de su reinado  
Carlos IX de Valois.  
Carlos IX, rey poeta,  
príncipe de noble raza,  
que con palabra discreta  
narra historias de la caza.  
Rey cazador, rey trovero,  
entendido en montería  
que charla con su halconero  
de achaques de cetrería  
y hace versos con Ronsard.  
Muchas veces él ha dicho  
que quisiera ser juglar;  
pero sólo es un capricho  
de señor que se fastidia  
presa de un sombrío encono,  
quizá al ver cuanta perfidia  
hay en torno de su trono,  
cuantas mezquinas traiciones...  
Fuera su vida serena  
a no ser las ambiciones  
de la casa de Lorena.  
Caviloso, hosco, altanero,  
no le mirase la corte  
de venir el heredero  
que no le da su consorte.

Si es que al responder no intentas  
burlarte, novelador:  
¿de las cosas que nos cuentas  
cuál de todas es mejor?  
Narren prosas las odiosas  
pasiones de Catalina.  
¡Ah, las intrigas tortuosas  
de su astucia florentina!  
¡Margarita!... Elogien versos  
su belleza: canten liras,  
pero no en votos adversos,  
ni en cortesanas mentiras,  
el nombre de la más bella  
princesa de cuento en flor:  
ninguna fue como ella,  
sabía en latín y en amor.  
No lució tan alta estrella  
la constelación real:  
repito que como ella  
ninguna... No es madrigal.  
¡Los secretos que no ignora  
cierta azafata! Si hablara

y la oyesen, su señora  
inclinaría la cara  
avergonzada en el pecho.  
Mas no tema la realeza;  
ni por femenil despecho  
cometiera tal vileza.  
Elogie la lira, alabe  
el dulce rostro soñado  
a la luz serena y suave  
de su sonrisa.

A su lado

qué antipático, qué feo  
personaje el de Alençon.  
Me parece que le veo  
meditando una traición.  
Nunca tuviese enemigo  
tan desleal el Bearnés:  
mal hermano, mal amigo  
y mal príncipe francés.  
Da risa cuando concibe  
empresas que él sueña grandes:  
si a batallar se apercibe  
-memorias mandan de Flandes-  
casi no hay quien le venza,  
¡vaya con el capitán!,  
y era nieto, ¡qué vergüenza!,  
del héroe de Marignan...

Llore el verso al gentilhomme  
más cumplido y más galante  
que en Provenza llevó nombre;  
al amador más constante.  
Lector, el que le recuerde,  
téngale en memoria fiel:  
presumido, pisaverde,  
pero valiente doncel.  
Resuelto, airoso, buen porte,  
poeta y espadachín,  
entró con mal pie en la corte  
y fue trágico su fin.  
¡Pobre Lamole! Verso, rima,  
llorad por el caballero  
vuestra canción...

-Sigue, prima.

-¿Y aquel bravo compañero,  
pelirrojo, vulgarote,  
locuaz, pendenciero, que  
mató uno que otro hugonote

en la San Bartolomé?  
Siempre metido en pependencias  
no dan poco que reír  
sus airadas ocurrencias,  
eso sí, supo morir.

Monseñor, duque de Guisa,  
¿esa apostura bizarra  
no merece una sonrisa  
de la reina de Navarra?  
¡Ah, la sonrisa orgullosa  
del dulce tiempo feliz,  
cuando ella encontraba hermosa  
la gloriosa cicatriz  
que sobre el rostro persiste,  
como un blasón de fiereza!  
Se os ve serio, adusto, triste:  
¿qué es de la vuestra grandeza?  
Margarita... ¡Ella no sabe!  
Sólo por decir: ¡la vi!,  
mordido de duda grave  
abandonasteis Nancy,  
y os la halláis, -¡con cuánta pena,  
monseñor!- de otro prendada...

A vos, duque de Lorena,  
el de la cara cortada.  
No ya caído el embozo,  
solo, en la noche desierta,  
ahogando vuestro ardor mozo  
acecharéis cierta puerta.  
¡No! Ya no furtivamente  
a la hora de la queda,  
a vuestro oído impaciente  
llegará el rumor de seda  
de un vestido:

- "Dios os guarde  
monseñor... La noche es fría...  
Vamos, seguidme, que es tarde..."  
Voz juvenil que decía  
con acento picaresco:  
-"Dejad pasar, es amigo..."  
al centinela tudesco  
que vela junto al postigo  
con soñoliento desgano.  
Ya no como sombra vaga  
cruzaréis, firme la mano  
en el puño de la daga,  
por desiertos pasadizos

de negruras torvas, hondas,  
lejos de reitres y suizos  
que, ya giradas sus rondas,  
como al calor familiar  
de las cosas de la tierra,  
hablan del distante hogar  
o de lances de la guerra.  
No iréis, sigiloso el paso,  
aunque marcial la apostura,  
como marchando al acaso  
de una trivial aventura,  
sonriendo de cuando en cuando  
a la azafata que os mira  
a hurtadillas, suspirando:  
(¿por qué será que suspira?)  
Ni temiendo algún injusto,  
algún celoso reproche  
que os cause pena y disgusto  
subiréis a medianoche,  
con rendido pensamiento,  
por ignorada escalera  
al retirado aposento  
donde Margot os espera,  
no sin que a su rostro asome  
la inquietud y la emoción,  
mientras Carlos juega al home  
con Juan, duque de Crillon,  
quien fácilmente se irrita  
perdiendo algunos doblones,  
en tanto Alençon medita  
en sordas conspiraciones  
y la reina madre reza  
sus oraciones nocturnas  
por que huyan de su cabeza  
las ideas taciturnas,  
o, abandonando hace rato  
el libro que no leía,  
departe con su Renato  
de alquimia y hechicería.  
No ya por los corredores  
de palacio habrán de ir luego  
vuestros pasos sin rumores,  
no oiréis, apagado, el ruego:  
-"Alzaos, duque, la espuela",  
de la azafata que os guía  
y que de todo recela:  
"¡No os señale algún espía  
a rufianescos aceros!  
Se urden tantas emboscadas  
que bien pueden sorprenderos

y daros de puñaladas..."

Margarita... Ella lo sabe:  
sólo por decir "¡la vi!..."  
mordido de duda grave  
abandonásteis Nancy.  
Ya no más iréis a verla  
ni elogiará la azafata  
vuestra ropilla gris perla  
ni vuestra capa escarlata.  
La azafata... Oh, su indiscreto.  
su delicioso rubor...  
Quizás pensaba en secreto  
-"¡Qué arrogante es monseñor!"...

## INTERIOR

La silla que ahora nadie ocupa  
Con la vista clavada sobre la copa  
se halla abstraído el padre desde hace rato:  
pocos momentos hace que rechazó el plato  
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,  
llega en silencio alguna que otra mirada  
hasta la vieja silla desocupada  
que alguien, de olvidadizo, colocó enfrente.

Y, mientras se ensombrecen todas las caras,  
cesa de pronto el ruido de las cucharas  
porque insistentemente, como empujado

por esa idea fija que no se va,  
el menor de los hijos ha preguntado  
cuándo será el regreso de la mamá.

Por las madrecitas modestas  
Por el largo insomnio que tanto desvelo  
os causó, desvelo que tiene un testigo  
en el perro amigo que como un abuelo  
os compadecía... Por vosotras, digo:

San José y la Virgen, Señora Santa Ana,  
con vuestras miradas fijas en la cuna,  
rogad como anoche para que mañana  
se despierte el niño sin dolencia alguna.

Para que se queden ellas sin la espina  
de ver al marido marcharse a la esquina,

y para que libre de todo cuidado,

esta noche fría que no tiene luna  
gocen dulcemente de un sueño pesado:  
Jesús Nazareno, velad por la cuna.

La que se quedó para vestir santos  
Ya tienes arrugas, ¡Qué vergüenza!... Bueno:  
serás abuelita sin ser madrecita.  
Ayer, recordando tu pesar sereno,  
me dio mucha pena tu cara marchita.

...¿Ni siquiera una novela empezada?  
Quizás el idilio que duró un verano,  
hasta que una noche por buena y confiada,  
se cansó la novia de aguardar en vano.

Y tú sufrirías, o no sufrirías,  
nerviosas esperas, y te quedarías  
como es natural,

tan indiferente que al día siguiente  
ya no habría nada, nada: solamente  
húmedas las puntas de tu delantal.

La dulce voz que oímos todos los días  
¡Tienes una voz tan dulce!...  
Yo no sé por qué será:  
te oímos y nos dan muchas  
ganas de quererte más.  
Tienes una voz tan dulce  
y una manera de hablar,  
que aunque a veces tú también  
estés triste de verdad  
haces reír a abuelita  
cuando ella quiere llorar.  
¡Y ninguno sabe en dónde  
encuentras tanta bondad  
para poder decir unas  
cosas que nos gustan más!...  
¡Si vieras cómo nos gusta!  
No te habrás de imaginar  
lo mucho que sufriremos  
si tú nos dejas... Mamá  
dice que cuando te cases  
nos tendrás que abandonar,  
y eso es mentira: ¿no es cierto  
que nunca te casarás?  
Nunca nos dejarás solos  
porque eres buena ¿verdad?

¿Alguna vez has pensado  
qué haremos si te nos vas?  
¿No lo has pensado? Nosotros  
no lo queremos pensar.  
Si tú te nos vas, ¿entonces  
qué voz extraña vendrá  
a decirnos esas cosas  
que tú ya no nos dirás?  
¿Nos hará olvidar tu voz  
la voz que vendrá? ¿Lo hará?  
¿Hará reír a abuelita  
cuando ella quiere llorar?

Te vas  
Ya lo sabemos. No nos digas nada.  
Lo sabemos: ahórrate la pena  
de contarnos sonriendo lo que sufres  
desde que estás enferma.  
¡Ah, te vas sin remedio,  
te vas, y sin embargo, no te quejas:  
jamás te hemos oído una palabra  
que no fuera serena,  
serena como tú, como el cariño  
de hermanita mayor con que nos besas,  
de hermanita mayor que por nosotros  
se olvidó de ser novia!...  
No te quejas,  
no quieres afligirnos, pero lloras  
cuando nadie te mira, y tu tristeza  
silenciosa no tiene una amargura...  
¿Por qué serás tan buena?

Sola...  
¡Ah, por fin sola! Te dejaron  
las buenas amigas, las locas  
de siempre.  
¡Qué alegres se fueron!,  
¡qué risas las tuyas!  
-¡La zonza!-,  
te dijeron al irse. ¡Es claro,  
parecías tan triste!

Bueno.  
Por fin estás sola... No hay nadie,  
todas las amigas se fueron  
y se halla en silencio la casa.  
La abuela descansa, y los chicos  
en el distante comedor  
juegan despacio, sin dar gritos.  
Apenas si afuera, en la calle,  
persiste un rumor apagado

de voces. Estás sola, sola,  
en la paz grave de tu cuarto.  
Vela un momento, y cuando tengas  
el corazón bien en reposo  
duerme como no duermes hace  
mucho: con un sueño de novia...  
La última noche de novia...  
Llegó pronto, ¿verdad? Mañana  
adiós cuartito de soltera,  
adiós camita, adiós almohada  
del sueño lejano y querido  
que no volverá...

¿Te sorprende  
pensar en eso? Tan sereno,  
tan dulce que ahora parece.  
¡Por fin vino el novio! Fue larga,  
muy larga la espera, ¿recuerdas?,  
pasaban los años y... nada,  
ninguno... ¡Quedarte soltera!  
¡Ay!, bien lo temías.

En vano  
los tiernos coloquios. ¡Qué rabia!,  
aquellas preguntas del primo,  
¡torpe, ciego!

¿Cuándo te casas?  
Por fin vino el novio, y por fin  
la última noche de novia.  
Llegó pronto, ¿verdad? ¡Tan pronto!  
Mañana, mañana...

¡Bah! ¿Lloras?

Los viejos se van  
¿No te da tristeza? Bueno,  
a mí no sé qué me da...  
¡Se van los viejos! Los pobres  
poquito a poco se van.  
Y se van tan despacito  
que ni lo sienten, ¿será  
el consuelo de saber  
que se habrán de ir en paz?  
¡Ah, todo es inútil: nada  
los detendrá: ¿Pasarán  
este otoño, o el invierno  
otra vez los hallará  
contándonos por las noches  
cosas de la mocedad?  
Y cuando no estén, ¿durante  
cuánto tiempo aún se oirá  
su voz querida en la casa  
desierta?



¿Cómo serán  
en el recuerdo las caras  
que ya no veremos más?  
¡Que ya no veremos!... ¿Nunca  
se te ha ocurrido pensar  
en el silencio que dejan  
aquellos que se nos van?  
Y en nosotros mismos, piensas  
alguna vez, ¿es verdad?  
En nosotros, que también  
nos tendremos que callar.  
Cuando nos llegue la hora  
como a los viejos, ¿habrá  
para nosotros la dulce  
confortación familiar  
que tanto alivia? ¿Qué labio  
piadoso nos besará?  
¿Nos sentiremos muy solos?  
¿Y nos iremos en paz?

Reíd mucho, hermanitas  
Reíd mucho, hermanitas, reíd con esa risa  
tan fresca y tan sonora, con esa risa fuerte  
que llena nuestra casa de salud. La sonrisa  
no es para vosotras todavía: ¡qué suerte!

Que vuestra risa sea como una , y vierta  
su chorro alegre sobre nuestra melancolía;  
sea como una caja de música que abierta  
perennemente suena desde que empieza el día.

Hermanas: reíd de una vez toda vuestra sana  
alegría de dueñas del patio, que mañana  
-¡ah, mañana!- quién sabe si os habremos de oír.

¡Ay, hermanas, hermanas juguetonas!, ¡ay, locas  
rabetas de la abuela!, ¿cuál de esas lindas bocas  
será la que primero dejará de reír?

Ninguna más  
No. Te digo que no. Sé lo que digo:  
nunca más, nunca más tendremos novia,  
y pasarán los años pero nunca  
más volveremos a querer a otra.  
Ya lo ves. Y pensar que nos decías,  
afligida quizá de verte sola,  
que cuando te murieses  
ni te recordaríamos. ¡Qué tonta!  
Sí. Pasarán los años, pero siempre  
como un recuerdo bueno, a toda hora

estarás con nosotros.

Con nosotros... Porque eres cariñosa  
como nadie lo fue. Te lo decimos  
tarde, ¿no es cierto? Un poco tarde, ahora  
que no nos puedes escuchar. Muchachas  
como tú ha habido pocas.

No temas nada, te recordaremos,  
y te recordaremos a ti sola:  
ninguna más, ninguna más. Ya nunca  
más volveremos a querer a otra.

El nene está enfermo

Hoy el hogar no tiene la habitual alegría  
de los días hermosos, y eso que hoy es un día  
suavemente soleado. En el patio no hay ruidos,  
ni se escuchan las risas sonando en los dormidos  
rincones de la antigua casa. La regalona  
y traviesa hermanita de siete años no entona  
las canciones ingenuas que aprendiera en la escuela,  
ni riñe a su muñeca mutilada. La abuela  
-¡ah, la pobre abuelita casi nunca está sana!-  
olvida su dolencia que lleva una semana  
de no darla un momento de reposo. Una incierta  
amenaza inquietante ha violado la puerta  
del hogar. Bajo el techo  
de la casa modesta se presiente en acecho  
al dolor. Repentina, melancólicamente,  
ha pasado una sombra como por una frente,  
como por una frente que fue siempre serena  
y que recién ahora la oscurece la pena  
con la torva amargura de una arruga muy honda.  
Ronda a paso de lobo por nuestra casa, ronda  
la tristeza, la angustia,  
que ya ha puesto sus fríos labios en una mustia  
carita enflaquecida.

Es que el nene está enfermo. Cesó la voz querida  
de rumorear sus charlas adorables con esa  
locuacidad que hacía bulliciosa la mesa.  
¡Ay, el gesto atufado de su enojo risueño  
y los cantos que apenas cesaban cuando el sueño,  
como dos invisibles alitas de alguaciles,  
le tocaba en sus ojos con sus dedos sutiles!  
-¡Abuelita, abuelita, hazme pronto la cama!  
¡Qué triste ahora, abuela, el nene no te llama!  
Por las habitaciones vaga como algo extraño  
un silencio penoso que se diría huraño,  
y tú vas arrastrando tu cansacio de días  
e inútiles son todas las filiales porfías  
para que te recuestes un momento siquiera:  
-¿Qué espera, mamá vieja?, a acostarse... ¿qué espera?-

Ya sabemos el dulce temor que te detiene:  
¿Quién, como la abuelita, cuidaría del nene?  
Niño Dios, Nazareno  
de las rubias estampas, coronado de espinas,  
que curabas las llagas con tus manos divinas:  
¿no podrías ser bueno  
otra vez, en la hora de las angustias graves,  
y decir las piadosas palabras que tú sabes  
para que él se mejore,  
para que ella no lllore?

El aniversario  
La casa amaneció triste, callada.  
Un aire melancólico se advierte  
en los rostros: la pena es resignada.  
No se oye reír si se habla fuerte.  
Los muchachos faltaron a la escuela,  
y desde muy temprano, con incierto  
y sombrío fulgor, arde la vela  
en la que fuera habitación del muerto.  
El recuerdo luctuoso les alcanza  
a todos por igual.

Durante el día  
unas cuantas visitas de confianza  
estuvieron a hacerles compañía:  
pero, entrada la noche, los amigos  
al fin se despidieron, y la pena  
contenida en presencia de testigos  
extraños, fue a la hora de la cena  
más intensa quizás. No había extraños  
y el silencio tornóse doloroso:  
sintiéronse molestos, casi huraños,  
en ese comedor tan bullicioso  
otras veces. Se levantó la mesa  
sin las conversaciones de costumbre;  
permanecieron largo rato presa  
de una serena y vaga pesadumbre  
que no turbó una sola frase.

Ahora  
charlan de cosas familiares como  
en los días tranquilos a la hora  
del té. La hermana hojea el primer tomo  
de la novela que empezara el jueves,  
la abuela reta a alguno y en seguida  
de dos o tres observaciones, breves  
pero enérgicas, vuelve a su aburrida  
soñolencia. La madre escucha y calla,  
pensando en el ausente por quien vive

en continua aflicción desde que se halla  
tan lejos, el ingrato que no escribe  
hace mucho, ni aun de cuando en cuando...  
En un rincón la huerfanita cose  
ajena a cuanto se habla, suspirando  
cada vez que el hermano enfermo tose  
con esa ronca tos que le sofoca  
atrozmente.

Cansadas  
de la tarea diaria, que no es poca,  
comienzan a sentirse algo pesadas  
las hacendosas manos  
de la tía soltera que medita,  
evocando memorias de lejanos  
noviazgos de muchacha, mientras quita  
las rojas iniciales de una toalla  
recién planchada, al lado  
de la lámpara fiel cuya pantalla  
amortigua la luz.

Casi acostado  
en el sillón el hijo mayor fuma  
su tercer cigarrillo  
y cerca uno de los chicos suma  
de nuevo el resultado de un sencillo  
problema de aritmética.

En la suave  
paz que envuelve la pieza  
viene, a intervalos, el recuerdo grave  
a conturbarlos. Reina una tristeza  
pensativa.

La charla continúa  
como sin ganas, lenta, displicente,  
sobre el mal tiempo. Afuera, la garúa  
cae en el patio despaciosamente.

El otoño, muchachos  
El otoño, muchachos. Ha llegado  
sin sentirlo siquiera,  
lluvioso, melancólico, callado.  
El familiar bullicio de la acera  
tan alegre en las noches de verano  
se va apagando a la oración. La gente  
abandona las puertas más temprano.  
Las abandona silenciosamente...  
Tardecita de otoño, el ciego entona  
menos frecuente el aire que en la esquina

gemía el organillo... ¡Qué tristonada,  
anda, desde hace días, la vecina!  
¿La tendrá así algún nuevo desengaño?  
Otoño melancólico y lluvioso,  
¿qué dejarás, otoño, en casa este año?  
¿Qué hoja te llevarás? Tan silencioso  
llegas que nos das miedo.

Sí, anochece  
y te sentimos, en la paz casera,  
entrar sin un rumor... ¡Cómo envejece  
nuestra tía soltera!

Mientras el barrio duerme  
...¿Tú, tampoco me has oído?  
Bueno, que no se repita  
otra vez ese silbido.  
¡Eh, muchachos, no hagáis ruido:  
se fue a dormir abuelita!

Recordando vuestros sustos  
continuamente se queja.  
Vamos, muchachos, sed justos  
y no la deis más disgustos:  
cada día está más vieja...

Ahora se ha vuelto odiosa...  
Cuando se da a porfiar  
¡se pone de fastidiosa!  
Ya lo veis: ¡por cualquier cosa  
no cesa de rezongar!

...¿Tú, también? Va para rato  
que olvidaste tu promesa:  
¡después de romper el plato  
le pisas la cola al gato  
por debajo de la mesa!

¿Conque te muestras violento  
porque mi sermón te irrita?  
...Es inútil ese cuento...  
No te muevas de tu asiento:  
¡te conozco, mascarita!

Si tratas bien el asunto  
de hoy -¿oyes, cabeza hueca?-  
y copias lo que te apunto  
tendrás a las diez en punto  
café con pan y manteca.

Y, a propósito, ya veo  
que te volcaste la sopa  
en la ropa, ¿no?, yo creo  
que comer así es muy feo:  
¡linda te has puesto la ropa!

Tú... no inquietes a tu hermana  
tirándola de la trenza.  
¿Respondes de mala gana?  
¡Todo por una manzana!  
¡Pedazo de sinvergüenza!

¿Y tú? ¿Recién te has fijado  
que no para de garuar?  
¿Al patio así? Ten cuidado,  
no salgas desabrigado  
que te puedes resfriar.

Cae monótonamente  
el agua... ¡Qué silencioso  
el barrio! El perro de enfrente  
dejó de ladrar. ¿La gente  
se habrá entregado al reposo?

Pienso en ellos... En su oscura  
mala suerte, y pienso luego  
con un poco de ternura:  
¿en qué sueño de amargura  
se hallará abstraído el ciego?

Allá, solo, en el altillo,  
moliendo la misma pieza  
quizás suena un organillo;  
aunque el aire es tan sencillo  
no cansa ¡da una tristeza!

Llora el ritmo soñoliento  
que tanto gusta a la loca  
amiga nuestra... El son lento...  
¡Toca con un sentimiento!  
¿Qué pensará cuando toca?

¡Cómo le hace comprender,  
noche a noche, al lazarillo,  
cuánto le apena el tener  
que fumar sin poder ver  
el humo del cigarrillo!

¿Y los otros? ¿Los huraños  
vecinos? La costurera

ya un poquito entrada en años...  
¿Si serán los desengaños  
que la dejaron soltera?

Si bien la historia no es clara,  
dice la chismografía  
que una prima le robara  
el novio en su misma cara,  
jugando a la lotería.

Al fin y al cabo valiera  
más olvidar la traición:  
pero por esa zoncera  
de la pena que le diera  
se enfermó del corazón.

Otro que lleva una vida...  
es el haragán de al lado:  
¡y encuentra quien lo convida  
a embriagarse!... ¡La bebida!...  
¿Por qué vendrá en ese estado?

¿Y ese hombre al que nadie ha oído  
hablar en una semana  
de vivir casi escondido,  
que sale ya anochecido  
y vuelve muy de mañana?

¿Y aquellos que nos dejaron?  
¡Tan obsequiosos y fieles!...  
El día que se mudaron  
recuerdo que nos mandaron  
una fuente de pasteles.

¿Y la viuda de la esquina?  
La viuda murió anteayer.  
¡Bien decía la adivina,  
que cuando Dios determina  
ya no hay nada más que hacer!

De los cuatro huerfanitos  
no se sabe qué será:  
¿a dónde irán? ¡Pobrecitos,  
hermanos, los muchachitos  
que se quedan sin mamá!

Mira, muchacho, la vela  
se va a terminar, repasa  
tus lecciones de la escuela...  
Ya se ha dormido la abuela:

¡qué silencio hay en la casa!...

Está enfermo y quiere verte  
¿No me respondes? ¿Te han dicho  
a lo que vengo? No es hora  
de negarte: ese capricho  
sería cruel ahora.

Quiere que vayas a verle...  
Quedó en un grito, entretanto.  
¡Vieses! Debemos tenerle  
compasión: ¡padece tanto!

¡Y vuelta a la misma queja!  
Ya ni un momento se calma,  
¡si vieses cómo se queja,  
se te partiría el alma!

Se le conoce en la cara  
el sufrimiento. Al hablar  
vuelve la cabeza para  
que no le vean llorar.

¡Si no regreso contigo  
le he de causar una pena!  
Después de todo es mi amigo...  
Vamos, por favor, ¡sé buena!

Aunque siempre fue un ingrato  
tú no eres rencorosa,  
¡vamos, estarás un rato  
y le dirás cualquier cosa!

Vamos, antes que se muera:  
así le perdonarás...  
¡Vamos!, el pobre te espera:  
¡vendrás a verlo!, ¿vendrás?

En el cuarto de la novia  
Se levantaron de la mesa  
y fueron a ver el vestido  
de la novia:

¡Qué lindo estaba,  
tan blanco, tan blanco! ¡Qué lindo!  
¿y la novia? ¡Ay, la novia! Cómo  
tenía de alegre la cara...  
Todos los ojos la miraron  
Y ella se puso colorada.  
"-Señora, señora!-"



Le llovieron  
las alusiones y las bromas  
de las muchachas. ¡Qué palabra,  
qué palabra tan dulce!: ¡novia!  
Alguna recordó entre burlas  
ingenuas lo del primer beso:  
"-Había que verla, muchachas!  
Valía la pena, por cierto."  
Y cuando empezaba:

"-Una noche..."  
Se le heló en los labios la risa.  
¡Ave María! ¡De qué modo  
más raro miraba la prima!

¡Por el corazón!  
¡Tan colorada la sandía!  
¿Será más rica que el melón?  
Esta primer tajada es mía:  
para ti, prima, el corazón.

Ya salió la otra... ¡No digo!  
Ayer fue lo mismo... ¡Es gracioso!  
Comenzó a llorar por el higo  
que le arrebatara el mocososo

del hermano. ¿Más? ¡En seguida!  
¿Volvemos? ¡Pues no se figura  
que hay que brindarle cuanto pida:  
caramba con la criatura!

¡Linda se ha puesto! ¡Sí, señor!,  
se ha puesto lo más regalona...  
¡no quiere sino lo mejor,  
como si tuviese corona!

Y, por cualquier cosa no deja  
en paz a nadie: se levanta,  
y ya oímos alguna queja  
de la señorita. ¡La santa!

La culpa la tiene abuelita.  
¡Es natural! ¡La mima tanto!,  
Cuidado con retarla... ¡Hijita!,  
no sé quién puede con tu llanto.

¡Está de mal acostumbrada!  
En cuanto la miran se enoja.  
¿Negarle algo a ella? ¡No es nada!

¡Claro, hace lo que se le antoja!

La pavota... Se muerde un dedo  
de rabia. ¡Cómo patalea!  
¡Y pone una cara!... ¡Da miedo!  
¡Ay Jesús, qué cara tan fea!

Fea, sí, fea como un susto.  
¿Hasta cuándo con esos gritos?  
-...¡Si lo decíamos de gusto!  
Bueno, basta de pucheritos...

¡Qué zonga! ¡Si será inocente!  
¡Derrama cada lagrimón!...  
¡Llorar de ese modo! ¡Valiente!  
¡Y todo por el corazón!...

La lluvia en la casa vieja  
Hoy es un día horrible. Ya es valiente  
quien se atreve a salir de su agujero...  
¡Qué modo de llover! Furiosamente  
en el techo de zinc el aguacero

tamborilea sin cesar. Lo grave  
es que se llueve aquí peor que afuera,  
y hay para rato, es natural... Quién sabe  
cómo diablos se ha abierto esta gotera.

¡Esta gotera! Por el cielo raso  
se filtra el agua: baja a las paredes,  
se divide en las grietas, y, de paso,  
alcanza a las arañas en sus redes.

Pero hay que ver el patio... La fangosa  
reciente lagunita que rodea  
el pozo, y la tinaja que rebosa  
mientras el viejo caño canturrea.

Las muchachas están en la cocina:  
una se ha puesto a preparar la masa,  
algo quejosa de que falte harina,  
y otra derrite en la sartén la grasa.

Las demás, como siempre, en discusiones;  
lo de todas las noches: sobre el juego.  
Bueno, a contar bolillas y cartones:  
¿es que tendremos lotería, luego?

Alegres charlan... No han de ser muy pocas  
las historias... ¡Conversan tan de prisa!

¿Qué se conversará cuando esas locas  
apenas pueden aguantar la risa?

¿Bromitas a la novia? Se conoce  
que hoy se llevó un buen reto de la abuela:  
¡la niña estuvo anoche hasta las doce  
leyendo, muy oronda, una novela!

¡Sí, señor! como suena, muy oronda...  
Pero, lo sospechamos al culpable:  
no es ella, no... Es inútil que se esconda,  
ya verá el pillo cuando abuela lo hable.

Y sigue el chaparrón. ¡Cómo diluvia  
en el jardín! Adiós el enrejado:  
era un adorno al fin, maldita lluvia...  
¡Daba una vista, así, recién pintado!

¡Adiós, con este viento, la glorieta!...  
¡Los claveles, muchachas, los claveles!  
quien no vuelva trayendo una maceta  
se quedará esta noche sin pasteles.

A ver, Florinda, a ver dónde pisamos:  
las baldosas del patio se hallan flojas  
y te salpican toda entera...Vamos,  
por ahí no, con cuidado, ¡que te mojas!

Tan a destiempo el resbalón ¿no es cierto?  
¡Ah, ese primo, si hubiera andado listo!  
¡Y se atreve a decir que ha descubierto  
unas cosas más lindas! ¡Lo que ha visto!

¿Reproches? Se ha lucido la lectora.  
¡También la otra zonza es tan autera!  
Se ha lucido. Si lo supiese ahora  
alguno que yo sé... ¡Si lo supiera!

Lo hizo de gusto, madre; sí, de gusto:  
la empujó adrede, ¿sabes? ¡Mentiroso!  
¡Por culpa de él la pobre se dio un susto!  
¡y festeja sus gracias, el odioso!...

La rubia... ¡Cómo viene de agitada!  
¿Que le ganó a correr a las eternas  
despaciosas? ¡Jesús, qué colorada!  
¿Será porque al saltar mostró las piernas!

¡Míralas, madre, llegan hechas sopas!  
A mudarse, muchachas, a mudarse.

Sí, no dejarse estar con estas ropas  
empapadas, no vayan a enfermarse...

Y aún se quedan a porfiar. ¡Las fachas!  
¿Hay más? Caramba con las señoritas...  
¡Hasta cuándo, por Dios! ¡Pronto, muchachas,  
que se van a enfriar las tortas fritas!

Ahora que estás muerta  
¡Si supieses!, cada día  
te sentimos más. Apenas  
te olvidamos un momento,  
levantamos la cabeza  
y en seguida nos parece  
que vas a entrar por la puerta.  
No sabes con qué cariño  
en casa se te recuerda:  
¡si nos pudieses oír!  
A veces, de sobremesa,  
cuando nos reunimos todos  
y el pobre viejo conversa  
con los muchachos, de pronto  
después de alguna ocurrencia,  
nos quedamos pensativos  
un rato largo: se queda  
todo el mundo así, y el viejo  
se retira de la mesa  
sin decir una palabra...  
Una palabra... Da pena  
verlo sufrir en silencio.  
¡Ah, cómo se te recuerda!  
Abuelita, que está sorda,  
si hablamos delante de ella  
por nuestras caras conoce  
que hablamos de ti. ¡La vieras!  
Por la noche, al acostarnos,  
es claro, los chicos rezan,  
aunque no lo necesites  
porque siempre fuiste buena  
y no hiciste mal a nadie:  
¡al contrario!

¡Una tristeza!  
nos da cuando recordamos  
algunas diabluras nuestras!  
Cuando pensamos las veces,  
aquellas veces, ¿recuerdas?,  
que te hacíamos rabiar  
de gusto, por mil zonceras...  
Eramos un poco malos,

pero ahora que estás muerta  
nos tienes que perdonar  
todas aquellas rabietas,  
y las bromas que te dábamos,  
esos gritos a la puerta  
de tu cuarto, cada vez  
que te ponías paqueta  
para recibir al novio,  
y esas travesuras, y esas  
mentiras que te contábamos,  
para no ir a la escuela...  
Y tú, apenas nos retabas  
entonces...

¡Una tristeza  
nos da cuando recordamos!  
Pero, ahora que estás muerta,  
¿no es verdad que nos perdonas  
todas aquellas rabietas?

Hay que cuidarla mucho, hermana, mucho...  
Mañana cumpliremos  
quince años de vida en esta casa.  
¡Qué horror, hermana, cómo envejecemos,  
y cómo pasa el tiempo, cómo pasa!  
Llegamos niños, y ya somos hombres,  
hemos visto pasar muchos inviernos  
y tenemos tristeza. Nuestros nombres  
no dicen ya diminutivos tiernos,  
ingenuos, maternos; ya no hay esa  
infantil alegría  
de cuando éramos todos a la mesa:  
"-¡Que abuela cuente, que abuelita cuente  
un cuento antes de dormir, que diga  
la historia del rey indio..."

Gravemente  
la voz querida comenzaba...:

"-Siga  
la abuela, siga, no se duerma!"

"-¡Bueno!..."  
¡Ah, la casa de entonces! La modesta  
casita en donde todo era sereno,  
¡nuestra casita de antes! No, no es esta  
la misma. ¿Y los amigos, las triviales  
ocurrencias, la gente que vivía  
en el barrio ... las cosas habituales?  
¡Ah, la vecina enferma que leía  
su novela de amor! ¿Qué se habrá hecho  
de la vecina pensativa y triste  
que sufría del pecho?

¡Era de linda! Tú la conociste,  
¿no te acuerdas, hermana?  
Ella leía siempre una novela  
sentada a una ventana.  
Nosotros la mirábamos. Y abuela  
la miraba también. ¡Pobre! Quién sabe  
qué la afligía. A veces ocultaba  
el bello rostro, de expresión muy suave,  
entre sus blancas manos, y lloraba.

¡Cómo ha ido cambiando todo, hermana,  
tan despaciosamente! Cómo ha ido  
cambiando todo... ¿Qué se irá mañana  
de lo que todavía no se ha ido?  
Ya no la abuela nos dirá su cuento.  
La abuela se ha dormido, se ha callado:  
la abuela interrumpió por un momento  
muy largo el cuento amado.  
Aquellas risas límpidas y claras  
se han vuelto graves poco a poco, aquellas  
risas que no se habrán de oír. Las caras  
tienen sombras de tiempo en tiempo; huellas  
de pesares antiguos, de pesares  
que aunque se saben ocultar existen.  
En las nocturnas charlas familiares  
hay silencios de plomo que persisten  
hoscos, malos. En torno de la mesa  
faltan algunas sillas. Las miradas  
fijas en ellas, como con sorpresa,  
evocan dulces cosas esfumadas:  
rostros llenos de paz, un tanto inciertos  
pero nunca olvidados. ¿Y los otros?,  
nos preguntamos muchas veces. Muertos  
o ausentes, ya no están: sólo nosotros  
quedamos por aquellos que se han ido;  
y aunque la casa nos parezca extraña,  
fría, como sin sol, aún el nido  
guarda calor: mamá nos acompaña.  
Resignada, quizá, sin un reproche  
para la suerte ingrata, va olvidando,  
pero, de cuando en cuando, por la noche,  
la sorprende llorando:  
"-¿Qué tiene, madre? ¿Qué es lo que la apena?  
¿No se lo dirá a su hijo... al hijo viejo?  
¡Vamos, madre, no llore, sea buena,  
no nos aflija más... ¡basta!". ¡Y la dejo  
calmada, libre al fin de la amargura  
de su congoja atroz, y así se duerme!  
¡Húmedas las pupilas de ternura!  
¡Ah, Dios no quiera que se nos enferme!

Es mi preocupación... ¡Dios no lo quiera!  
Es mi eterno temor. ¡Vieras! No puedo  
explicártelo. Sí ella se nos fuera  
¿qué haríamos nosotros? Tengo miedo  
de pensarlo. Me admiro  
de cómo ha encanecido su cabeza  
en estos meses últimos: la miro,  
la veo vieja y siento una tristeza  
tan grande... ¿Esa aprensión nada te anuncia  
hermana? Tú tampoco estás tranquila:  
tu pérdida alegría te denuncia...  
También tu corazón bueno vigila.  
Yo no sé, pero creo que me falta  
algo cuando no escucho  
su voz. Una inquietud vaga me asalta...

Hay que cuidarla mucho, hermana, mucho...

**FIN**

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

